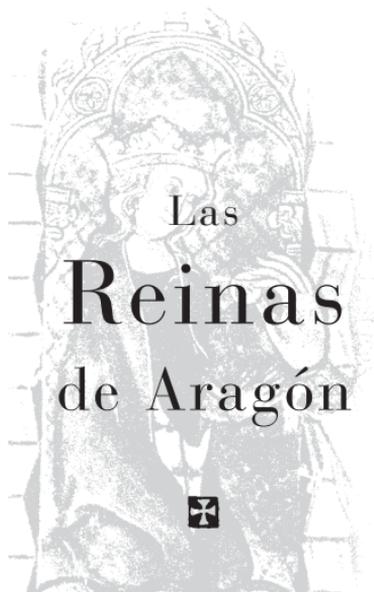


Concha García Castán



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-48 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Concha García Castán

I.S.B.N.: 84-95306-24-7

Depósito Legal: Z. 42-2000

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



Introducción	5
LA DINASTÍA NAVARRA. LAS REINAS DE LA MONTAÑA	7
Ramiro I y Ermesinda de Bigorra	7
Sancho Ramírez e Isabel de Urgel	11
La segunda esposa de Sancho: Felicia de Roucy	12
Pedro I e Inés de Aquitania	15
Alfonso I y Urraca de Castilla	16
Ramiro II	19
Inés de Poitiers	20
Petronila	23
LA DINASTÍA DE BARCELONA	30
Alfonso II y Sancha de Castilla	30
Pedro II y María de Montpellier	33
Jaime I	37
Leonor de Castilla	39
Violante de Hungría	41
Pedro III	49
Constanza Staufen	50
Alfonso III	61
Jaime II	62

Blanca de Anjou	64
María de Chipre	68
Elisenda de Moncada	70
Alfonso IV <i>el Benigno</i>	71
Teresa de Entenza	72
Leonor de Castilla	73
Pedro IV <i>el Ceremonioso</i>	76
María de Navarra	78
Leonor de Portugal	80
Leonor de Sicilia	84
Sibila de Forciá	91
Juan I	92
Matea de Armañac	93
Violante de Bar	94
Martín I	97
Margarita de Prades	100
LA DINASTÍA DE LOS TRASTÁMARA	102
Fernando I y Leonor Urraca de Alburquerque	102
Alfonso V y María de Castilla	108
Juan II	110
Blanca de Navarra	110
Juana Enríquez	115
Fernando II e Isabel de Castilla	120
Bibliografía	125

INTRODUCCIÓN



Hay en el museo de la catedral de Jaca un capitel ornado con diversas figuras. Destaca entre ellas un cuerpecito femenino de doncella, aún no deformado por la maternidad, de esbelto talle, fina cintura y gráciles caderas, que no tiene cabeza. No sabemos, pues, quién fue la bella que poblaba la inspiración del artista cuando la esculpió en la piedra en los primeros tiempos del reino de Aragón.

Lo mismo sucede con las esposas de los primeros reyes aragoneses. La noticias que de ellas tenemos son tan escasas que es casi imposible reconstruir sus vidas. Su país de origen corresponde siempre con las necesidades de alianza del regio esposo. Son la prenda que asegura la amistad y la ayuda de un señor poderoso y, a la vez, la promesa de una descendencia que perpetúe la estirpe. Así, sal-



vo la excepción de Urraca de Castilla, y hasta que Aragón y Barcelona unen sus destinos, las reinas vienen del Sur de Francia. De hecho, aragonesas de nacimiento sólo son Petronila y María de Luna. Y que lleven el apellido de los Aragón, sólo Petronila. Unidos Aragón y Cataluña, se diversifica la procedencia de sus reinas. De Castilla viene la esposa de Alfonso II, el primer rey de la Corona de Aragón; con una castellana se casa Jaime I. Hubo más reinas de origen castellano, como veremos, y también las hubo de Navarra, y de Sicilia. Según conviniera, en cada momento, a los intereses de los monarcas.

LA DINASTÍA NAVARRA. LAS REINAS DE LA MONTAÑA



RAMIRO I Y ERMESINDA DE BIGORRA

En el siglo XI hay una fecha que reviste particular importancia para los aragoneses: el año 1035, en el que muere Sancho Garcés III de Pamplona. De las tierras que el monarca navarro había heredado de sus padres, y las que él mismo había conquistado, desgaja una porción y se la entrega a su hijo Ramiro. Sus hermanos reciben una herencia bastante más considerable: a Fernando le deja Castilla; a García, Navarra; y a Gonzalo, Sobrarbe y Ribagorza. Aquel año, pues, la historia nos dice que nació el reino de Aragón. En aquellos días lejanos, el nuevo reino no era más que una pequeñez territorial aprisionada entre montañas. Pero a lo largo de esta historia, ya veremos cómo, contra viento y marea, fue creciendo.

Ramiro I dependía de su hermano García, el rey de Pamplona, y en los documentos que de él se conservan firma como “Ramiro, hijo del rey Sancho”. Pero si Ramiro no se consideró con derecho a llamarse rey, este título le dieron, en muchos de los documentos que firmaron, sus hijos y nietos. La historia es unánime en el hecho de considerarlo el primer rey de Aragón.

Para asegurar su descendencia, el joven Ramiro necesitaba una mujer, a ser posible de buena familia, a la que poder pedir ayuda en caso de necesidad. La elegida, Ermesinda, llegó a Aragón desde el condado de Bigorra, de donde dicen que, muchos años antes, había venido también Íñigo Arista, a quien se tiene como primer rey de Pamplona. Eran sus padres el conde Bernardo de Couserans-Foix y Garsenda de Bigorra. Sus posesiones estaban, pues, al Norte de Sobrarbe y Ribagorza. Merced a esta unión matrimonial, Gonzalo, el hermanastro pequeño de Ramiro, tenía, en los meses sin nieve, las espaldas amenazadas por los pasos de Bujaruelo y de Pineta, porque desde la poderosa fortaleza de Lourdes podían bajar los aliados de Ramiro a mesarle la barba. Como se ve, este matrimonio, como todos los demás que siguieron, se fundaba en razones de conveniencia. Pero no todo era buscarse aliados: para suerte de don Ramiro, Ermesinda era bonita. En un documento dice el rey que le dio dote y arras a su esposa «por honor y amor a su belleza».

En el verano del año 1036 cruza el Pirineo la novia. Probablemente Ermesinda era casi una niña; dado el tiempo que tardó en reproducirse, no había llegado aún a la pubertad. En el lucido séquito que la acompañaba venían, como representantes de sus padres, el obispo Ricardo de Bigorra y los vizcondes de Lavedán, García y Guillermo Forto. ¿Entró la joven novia en Aragón por el puerto de Somport o por el del Portalé? ¿Cruzó por las tierras de su

futuro cuñado Gonzalo? Nada nos dicen los relatos de la época y, menos, cómo iba vestida Ermesinda y cuál era su ajuar, porque estas pequeñeces no son dignas de ser consignadas en una crónica seria.

En Aragón esperaban a la novia Ramiro y su séquito. El rey aragonés también era muy joven: tendría alrededor de veinte años. Ermesinda tardó unos siete en tener descendencia. Por aquel tiempo su marido, en su relación con doña Amuña de Barbenuta, tuvo un hijo, a quien pusieron el nombre de Sancho Ramírez. Tal vez, dicen que pensó Ramiro, la reina era estéril y no podía asegurar la continuidad de la estirpe. Pero hacia el año 43, Ermesinda tuvo a su primer hijo, que fue bautizado con los mismos nombres que había recibido su hermanastro. Dos años después nace una niña, Sancha, que se casó con Ermengol III, conde de Urgel. No está muy claro si llegó a tener Ermesinda dos hijas más: Teresa, nacida entre Sancho y Sancha, y Urraca.

Poco más sabemos de Ermesinda: se supone que, entre niño y niño, sin casa fija en la que vivir, siguió a su marido en sus desplazamientos. Ramiro tenía no sólo que asegurar las fronteras de su joven reino, sino también acrecentarlas. Por el Oeste hizo lo que pudo para arrebatarle a su hermano García, el de Navarra, tierras que, con derecho o sin él, consideraba como pertenecientes a Aragón: el Norte de las Cinco Villas y la Valdonsella. Lo propio hacía Fernando, el de Castilla, por el Oeste de Navarra. Así que difícil lo tenía

García. Dicen que, en el año 1044, repelió un ataque a Tafalla de Ramiro en el que éste perdió hasta el caballo. Diez años después de lo de Tafalla, García murió, luchando con Fernando, en la batalla de Atapuerca.



Doña Sancha, infanta de Aragón y condesa de Urgel, en silla curul y rodeada de sus doncellas, detalle del sepulcro de Sta. Cruz de la Serós, hoy en el convento benedictino de Jaca, segunda mitad del siglo XI

¿Cuándo murió Ermesinda? Con toda seguridad, antes del año 1054, fecha de la que data un documento en el que aparece citada una segunda esposa de Ramiro I, Inés, de la cual conocemos sólo el nombre y que, quizá, fue la madre de su hija Urraca, que ingresó en el monasterio de Santa Cruz de la Serós. Entre tantas preguntas sin respuesta, de dónde venía la nueva esposa de don Ramiro es sólo una más. Las Inés que llegan a Castilla y Aragón desde Francia venían de Aquitania. Alfonso VI de Castilla, sobrino del rey Ramiro, se hizo traer una de allí; y lo mismo hicieron sus nietos Pedro I y Ramiro II.

SANCHO RAMÍREZ E ISABEL DE URGEL

Sancho Ramírez, el hijo de la reina Ermesinda, se casó con Isabel de Urgel. De ella se sabe tan poco como del resto de las reinas del viejo Aragón. Su boda se debió al deseo de Ramiro I de ganarse la amistad del conde de Urgel, el poderoso Ermengol III, que pugnaba por acrecentar sus dominios en las fronteras orientales del reino. Resultado de esta alianza con el urgelitano fue una doble boda: Ermengol se casó con Sancha, hija de Ramiro y de Ermesinda, y Sancho lo hizo con Isabel, hija de Ermengol y de Clemencia de Bigorra, su primera mujer. Por vía indirecta la sangre de los de Bigorra viene a mezclarse, por segunda vez, con la de los Aragón. Fechar estos acontecimientos es difícil; el profesor Buesa se decanta por el año

1064, cuando el de Urgel, tras la toma de Barbastro, quedó como gobernador de la capital de la Barbitania. Isabel y Sancho tuvieron un hijo, nacido entre 1068 y 1069: el futuro Pedro I de Aragón. Si hubo más descendencia de este matrimonio, no lo sabemos. De Isabel de Urgel se pierde el rastro después de estas fechas; quizá, porque murió o porque fue repudiada.

LA SEGUNDA ESPOSA DE SANCHO: FELICIA DE ROUCY

Felicia de Roucy procedía también de Francia. Había nacido en una familia noble y rica, emparentada con los Capeto. Sus padres eran Hilduino de Ramerupt, conde de Montdidier, y Adela de Roucy. Felicia fue la más pequeña de seis hermanas y dos hermanos. Uno de estos últimos, Eblo II, conde de Roucy, era famoso por su ardor en las batallas; había combatido con las huestes normandas en la toma de Barbastro y defendido la causa del papa Gregorio VII. Estaba, además, casado con una hija de Roberto Guiscardo, un poderoso jefe normando. Tal vez por el apoyo futuro que tales parientes pudieran aportar a sus empresas guerreras, se decidió Sancho Ramírez a desposar a Felicia, que se convirtió en su segunda esposa. Entre las arras que Felicia recibió estaba el condado de Ribagorza.

Debieron de casarse en el año 1070 y tuvieron tres hijos varones: Fernando, que nació hacia 1071 y murió en fecha

imprecisa, posterior al año 1086; Alfonso, nacido en el año 73, y Ramiro, que para algunos habría nacido en el año 80 y para otros en el 86. Con tres hijos varones, la sucesión al trono parecía asegurada para la sangre de los Ramírez. Pero ya veremos cómo, desgraciadamente, no fue así.

En el año 1076 muere en Peñalén Sancho IV de Navarra. Los pamploneses reconocieron como reyes a Sancho Ramírez y a su esposa Felicia. Este hecho tuvo como consecuencia el que Sancho pudiera titularse rey de Navarra y Aragón y el que, durante más de 50 años (hasta la muerte de su hijo Alfonso *el Batallador*), Aragón y una parte considerable de Navarra unieran sus destinos. Conoce el joven reino momentos de una prosperidad no soñada por Ramiro I. El dinero de las parias y de los impuestos en los pasos aduaneros, por los que circula un floreciente tráfico de gentes y mercancías, se emplea en numerosas donaciones a iglesias y monasterios y en la construcción de nuevas fortificaciones. La ciudad de Jaca, punto neurálgico en la ruta jacobea, es, con Sancho, la capital oficial del reino. Sus habitantes reciben un fuero especial que les avala honores y franquicias, de tal cuantía que muchas ciudades nacientes quisieron para sí un fuero igual.

Es de suponer que, en esta situación, Felicia fue feliz. Pero no son más que suposiciones, porque de ella y de sus sucesoras no hay sino noticias contradictorias y es imposible afirmar ni siquiera la fecha exacta de su muerte.



*Mujer bilando, capitel de fines del siglo XII
en el claustro de San Juan de La Peña,
donde fue enterrada la reina Felicia*

Apoyándonos en documentos de su esposo que la mencionan como testigo firmante, viviría en 1094. Pero hay quien asegura que el rey, que murió en aquel año, se había casado antes con Felipa de Tolosa, una jovencita que fue luego la esposa de Guillermo IX de Aquitania. De no ser un error procedente de fuentes históricas ultrapirenaicas, esta noticia haría que la

muerte de la reina Felicia fuera anterior a la fecha citada. Tal vez lo que asegura con bastante claridad que la reina Felicia había muerto ya en el año 86 sea un documento fechado en noviembre de aquel año, procedente del fondo de San Juan de la Peña, y cuyo contenido no beneficia sino al infante Pedro, el hijo de Isabel de Urgel; en él se otorgaban, por orden del rey Sancho, a Fernando, hijo de Felicia, los bienes que poseyó su madre, a cambio de que él cediera a su hermanastro el condado de Ribagorza.

Felicia de Roucy fue enterrada en San Juan de la Peña, panteón de los primeros reyes de Aragón.

PEDRO I E INÉS DE AQUITANIA

Siguiendo la tónica de establecer lazos de amistad y de mutua ayuda con los poderosos señores del Sur de Francia, el rey Sancho Ramírez buscó esposa para su hijo mayor, Pedro, entre las jóvenes casaderas del ducado de Aquitania. Inés se llamaba la elegida. Era hija de Guillermo VIII y de Audéarde de Borgoña, y hermana del famoso Guillermo IX de Aquitania. Catorce años tenía la novia cuando, en el invierno del año 85 y acompañada de un gran séquito de nobles caballeros, viajó desde Poitiers a Jaca para casarse con el infante Pedro. El novio tenía dieciséis años.

Dos hijos alumbró la reina, Pedro e Inés. No sabemos cuándo. Por la documentación que se conserva del reinado



Las reinas aragonesas de los siglos XI-XII bien pudieron asemejarse a esta figura en rasgos o vestimentas. Perteneció al sepulcro de la condesa Dulce de Urgel (segunda mitad del siglo XII), procedente del monasterio de Bellpuig de Les Avellanés y actualmente en "The Cloisters" de Nueva York (Foto: Institut Amatller)

de su padre, se puede afirmar que los dos infantes tuvieron problemas de salud. En 1098, el infante Pedro fue desposado con María, una de las hijas del Cid. Como demuestra Ricardo del Arco, Inés no sobrevivió a su marido: en 1097, Pedro, que ya reinaba en Aragón, hace una donación de bienes raíces al monasterio de San Ponce de Tomeras y a su filial San Pedro el Viejo de Huesca, y dice hacerlo en memoria de su mujer Inés.

A la muerte de Inés quedaba el rey Pedro joven y con dos hijos pequeños. No mucho después, en agosto 1097, contrajo nuevo matrimonio en la catedral de Huesca. La nueva reina se llamaba Berta y de ella lo que sabemos es prácticamente nada. No se le documentan hijos, y tampoco se le da por muerta antes de su marido, que finó en el valle de Arán en septiembre de 1104. Dicen que podía proceder de Italia del Norte.

ALFONSO I Y URRACA DE CASTILLA

Murió Pedro, el hijo de Isabel de Urgel, en 1104, y Alfonso, el hijo mayor de Felicia, le sucedió en el trono. Habría sido lógico que, al ceñir la corona, se hubiera procurado esposa que le diera un heredero. Pero, que se sepa, no lo hizo. No se entiende cómo, en una familia cuyos hombres morían con las botas puestas, no fuera presionado para que contrajese matrimonio aun antes de ser rey. Y menos se comprende por qué, cuando ya la corona que

ceña le obligaba a velar por la continuidad de su estirpe, siguió soltero. Cinco años pasaron hasta que *el Batallador* fue pedido en matrimonio.

Corría el año 1108 y en junio, en Uclés, los almorávides habían derrotado, tras una sangrienta batalla, a las tropas del rey de Castilla, Alfonso VI. En el campo de batalla, entre los muchos cadáveres del ejército cristiano estaba el de un niño de diez años: el infante Sancho, el único hijo varón del rey castellano.

El rey Alfonso VI lloró a su hijo muerto y, acto seguido, pensó en el porvenir de sus tierras patrimoniales. Su heredera era ahora su hija Urraca, viuda reciente de Raimundo de Borgoña y con un hijo muy pequeño: Alfonso. Los almorávides amenazaban con apoderarse de sus tierras, así que el rey castellano echó sus cuentas y debió de decirse: ¿quién mejor que el de Aragón para ponerle las peras a cuatro a los infieles? y ¿qué mejor alianza que la de Aragón con Castilla? Aquel rey Alfonso, conquistador de Toledo, no tardó nada en pedir para su hija la mano del insigne guerrero. Tenía entonces Alfonso *el Batallador* alrededor de 35 años y una fama mercedísima como combatiente.

La novia tampoco era una niña. Urraca de Castilla tenía cerca de treinta años cuando se convirtió en la esposa del *Batallador*. Era hija de Constanza de Borgoña, la segunda mujer de Alfonso VI, reina famosa por su belleza y su piedad. Constanza no logró darle un heredero a su marido el

rey. El niño muerto en Uclés era de otra mujer, Zaida, hija de Almotamid de Sevilla. Urraca tenía trece años cuando fue dada en matrimonio a un joven guerrero venido de tierras francesas: Raimundo de Borgoña, que había combatido con las huestes castellanas. El rey Alfonso, aún sin heredero varón, pensó que Raimundo no sería un mal yerno, pues era joven, valiente, bien parecido, capaz de prestarle ayuda en los negocios de la guerra y de asegurarle un nieto que perpetuara su estirpe. Pero Raimundo de Borgoña murió un año antes de la batalla de Uclés, y su nieto, el futuro Alfonso VII de Castilla, tenía sólo tres años. Así que Urraca, poco después de muerto su padre, se casó con Alfonso de Aragón.



*Monedas acuñadas en
Toledo de Urraca y
Alfonso I el Batallador,
reyes de Castilla
y Aragón*

Cinco años duró el matrimonio de Urraca y Alfonso. La historia de sus desavenencias y reconciliaciones daría para saciar el hambre de cotilleo de muchas generaciones. Si los reyes tenían, los dos, mucho carácter, si Alfonso era mucho Alfonso y hasta la mano le puso encima a su consorte, es también verdad que los súbditos de la reina pusieron de su parte todo lo que buenamente pudieron para que la unión no perdurara. Para la nobleza gallega era un buen momento para independizarse de Castilla en nombre del rey niño, Alfonso Raimúndez. Para el clero borgeñón, por su parte, la llegada del herma-

no del monarca, Ramiro, y de los clérigos que lo acompañaban, supuso una merma considerable de poder. Las *Crónicas anónimas de Sabagún* hablan de aquellas «malditas y descomulgadas bodas» celebradas en el castillo de Muñó (Burgos); de cómo se agrió, por aquellas mismas fechas, una prometedor añada de vino; y de las muchas vejaciones inferidas a los monjes por las gentes favorables al rey Alfonso (que eran, además de los aragoneses, los burgueses de Sahagún).

«En matrimonio, amigablemente y en concordia» vivieron cinco años, entre pelea y pelea. Pero sus constantes disputas impidieron la unión de tierras y gentes. En 1114, alegando problemas de consanguinidad, Alfonso repudió a Urraca. Y el rey no volvió a casarse: dedicó sus energías a acrecentar el patrimonio de los Aragón.

RAMIRO II

El hijo pequeño de la reina Felicia y del rey Sancho, Ramiro, con tres hermanos varones que aseguraban la sucesión en el trono, fue destinado a la vida monástica. No sabemos cuando nació, aunque parece que no antes de noviembre del año 86. El 3 de mayo del año 1093, cuando era aún un niño, su padre lo había encomendado a Frotardo, abad del monasterio benedictino de Saint Pons de Thomières. Y allí creció hasta que, muerto su hermanastro Pedro, reinó su hermano Alfonso. Con él, siendo un mozo

imberbe, fue a Castilla. En el año 1017, las *Crónicas de Sabagún* lo tildan de falso y mal monje, mozo no sólo por edad sino por la manera de comportarse: imprudente y necia. En 1116 había sido nombrado por Alfonso obispo de Burgos, y a su sombra prosiguió su carrera eclesiástica, llegando a ser obispo de Roda-Barbastro.

En 1134 sus tres hermanos habían muerto. Alfonso, en su testamento, había dejado su reino a las Órdenes Militares. Pero esto no gustó a los nobles aragoneses, así que le pidieron a Ramiro que fuera su nuevo rey. Ramiro era ya mayor y no parece que de ánimo esforzado, pero aceptó el título y empezó a recibir el reconocimiento de sus súbditos. Los pamploneses, por su parte, eligieron a García Ramírez como rey. Mientras, el hijo de la reina Urraca, Alfonso VII de Castilla, entró en Aragón, donde tenía bastantes partidarios: llegó a Zaragoza y reivindicó sus derechos sobre el reino por ser descendiente de Sancho III de Navarra.

Así que a Ramiro II se le habían complicado mucho las cosas en poco tiempo; mientras se hallaba refugiado en Besalú, a la vera de Ramón Berenguer IV de Barcelona, empezó a pensar en una mujer que pudiera darle un heredero. Y la elegida fue Inés de Poitiers.

Inés de Poitiers

Según el profesor Ruiz Doménec, esta Inés fue «una de las mujeres más decisivas de la historia de Europa».

Era también aquitana, que es como decir poitevina, ya que Guillermo *el Trovador*, su padre, amigo y conmillón de Alfonso *el Batallador*, era duque de Aquitania y conde de Poitiers. Era, pues, sobrina de aquella reina Inés que fue la esposa de Pedro I de Aragón.

Hacía ocho años que Inés era viuda de Aymerico, vizconde de Thouars y vasallo de su padre, y había tenido ya tres hijos varones. Inés era, pues, “un buen fichaje”: no sólo pertenecía a una excelente familia, unida por lazos de amistad y de matrimonio a los Aragón, sino también una mujer hecha y derecha que había tenido descendencia. Probablemente contrajeron matrimonio el 13 de noviembre de ese mismo año, en la catedral de Jaca. Fue llegar y besar el santo: Inés se quedó embarazada, casi como quien dice, al primer intento. ¿Qué sintió don Ramiro al ver cómo crecía su semilla en el vientre de doña Inés? A sus cuarenta y muchos años iba a ser padre...

¿Y qué opinión mereció todo aquello al papa Inocencio II? No hay noticias de que le pareciera mal que un obispo electo hubiera heredado el trono de Aragón. Tal vez no vio con malos ojos una nueva monarquía teocrática, a imagen y semejanza de la de Roma, en el pequeño reino que Sancho Ramírez, el padre de don Ramiro, había enfeudado a la Santa Sede. Pero cuando a doña Inés se le empezó a redondear el talle, el papa Inocencio recordó el testamento de Alfonso I y escribió, en junio de 1136, una carta al rey



*Representaciones femeninas según
pintura mural de la iglesia de San
Fructuoso de Bierge, siglo XIII
(Foto: Oltra)*

de Castilla ordenando que se hiciera cumplir la voluntad del Batallador. Exigió, pues, que se enviaran a Jerusalén las rentas de la tercera parte de sus bienes. La bula, que Alfonso VII dio a conocer a don Ramiro, significaba también que su matrimonio no era válido.

A los nueve meses, en agosto del año 1136, Inés dio a luz. Pero esta vez, después de haber alumbrado tres hijos varones en su anterior matrimonio, tuvo una niña, a la que pusieron de nombre Petronila. El rey no volvió, al parecer, a buscar nueva descendencia. Eran demasiadas presiones para un hombre que desde muy niño había vivido entre los muros de un monasterio y que no había sido preparado para ser un guerrero ni, menos, para enfrentarse con su jefe espiritual, el Papa.

¿Cuándo volvió Inés a Aquitania? Si nos atenemos a la documentación conservada, a finales

de aquel mismo año de 1136, pues su nombre no vuelve a aparecer avalando ninguno de los documentos firmados por su regio esposo.

Y ¿quién cuidó de su niña? ¿Quién la alimentó, tan chiquita? ¿Con qué cuerpo cruzó Inés el Pirineo dejándose en Aragón a su hija? ¿Volvió alguna vez a verla? ¿Se escribieron? ¿Supo que Berenguela de Barcelona se ocupaba de la niña en su reino castellano?... Y, en el fondo, ¿a quién le importaron estas cosas?

El caso es que la madre de la reina Petronila debió de volver a Thouars, a la vera de sus hijos, y no tardando mucho ingresó en Fontevrault, una abadía fundada por Roberto d'Arbrissel y que tenía unas reglas tan especiales que, para ser en ella abadesa, había que haber conocido varón y ser, por lo tanto, casada o viuda. Allí había ido a refugiarse su madre, Felipa de Tolosa. De Inés de Poitiers hay noticia en Fontevrault hasta el año 1149. Quizá fuera enterrada en ese lugar, al lado de su madre.

PETRONILA

Fruto del efímero matrimonio de Inés y Ramiro, entre las reinas de Aragón Petronila es un caso excepcional, pues fue la única que ciñó la corona por derecho propio y no por matrimonio. Nacida en agosto del 36, a los pocos meses fue separada de su madre. No sabemos quién ocupó

su lugar, en qué haldas escondía la pequeña sus penas infantiles. No nos quedan noticias de ella sobre aspectos personales. De sus actos se desprende, sin embargo, que no tenía los afanes de protagonismo que caracterizaron a su prima, Leonor de Aquitania, y que representó con toda discreción el papel de reina que le deparó el destino. Lo que la historia nos cuenta de ella es que, casi al mismo tiempo de haber sido separada de su madre, su padre decidió dejar los negocios del reino, por lo que se apresuró a buscar un futuro yerno.

En agosto de 1137, Petronila fue desposada en Barbastro con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, estableciéndose los pactos por un “matrimonio en casa”, institución que sigue viva en el Alto Aragón. Se acordaba que el hijo del matrimonio heredaría el reino de Aragón; en el caso de morir Petronila antes de tener descendencia, el reino pasaría a su marido.

La pequeña Petronila fue llevada a la Corte de su cuñada Berenguela, quien, por su matrimonio con Alfonso VII, era reina de Castilla desde 1128. Berenguela y Alfonso tenían varios hijos varones; Sancho, futuro rey de Castilla, que contaba tres años más que Petronila, y Fernando, que sería rey de León y con quien se llevaba un año, podían muy bien haberse casado con ella. Pero Alfonso VII no era bienquisto en tierras aragonesas: había plantado sus reales en Zaragoza, la ciudad conquistada por *el Batallador*, y

amenazaba con anexionar a Castilla tierras que los aragoneses consideraban suyas. El empeño por no desaparecer como reino fue lo que llevó a estos últimos a reclamar a su pequeña reina y a traerla, cerca de su padre y de su futuro marido, a sus tierras.

En el verano de 1150, cuando Petronila cumplió catorce años, se celebró el matrimonio, se supone que con toda pompa. La ceremonia tuvo lugar en Lérida, en su catedral, lugar que, un año antes, acogía los rezos de los seguidores de Mahoma.

Se discute sobre la fecha en que tuvo Petronila su primer hijo. Hay un testamento de la reina, fechado en 1152, en el cual se dice que lo dictaba, mientras estaba dando a luz cerca de Barcelona, entre dolor y dolor. Si este hijo que iba a nacer era el futuro rey Alfonso II, u otro que murió niño, es cosa que no sabemos. Lo que significaba, para los destinos de la Casa de Barcelona y la de Aragón, el hecho de que naciese un hijo varón, se cuenta en la historia de los reyes aragoneses. Pero esta es una historia de mujeres, y si es verdad que Petronila, con 16 años y en un época en la que las mujeres morían de parto como moscas, era capaz de dictar su testamento en tales trances, hay que reconocer que, además de discreta y prudente, era una muchacha con valor.

Para algunos historiadores, los hijos de Petronila nacieron a partir del 24 de marzo de 1157, año en que vendría

al mundo el futuro rey Alfonso II. Dado que Ramón Berenguer murió en agosto de 62, y si es verdad lo que cuenta Jerónimo Zurita —que la reina tuvo cinco hijos—, pasó Petronila cinco años con ropas de premamá. Pero en cuestión de fechas es interesante la lectura de un párrafo sacado de los *Anales de Aragón*:

«[...] gobernando la reina Petronila sus reinos *no teniendo el príncipe Alonso su hijo 11 años cumplidos*, que causó gran alteración y gran escándalo en la tierra; mayormente cerca del vulgo, que de su condición es amigo de cosas nuevas [...]. Esto fue que casi de improviso se levantó fama por el reino que el emperador don Alonso, rey de Aragón que fue muerto por los moros *en la batalla de Fraga veintiocho años había*, era vivo.»

Esta información le da a la reina un periodo más largo de tiempo para tener a sus hijos. Sobre el número de éstos también hay discrepancias. No del de los varones, que fueron tres: Alfonso, Pedro y Sancho; aunque dicen que tuvo alguno más y que murió de chiquito. Pero sobre las hijas sí hay dudas. Se menciona a Dulce y a Isabel. Hay quien no cree en la existencia de la segunda, pero otros dicen que había casado con el conde de Urgel, a quien Ramón Berenguer había entregado en feudo la ciudad de Lérida. Y de Dulce se dice que casó con Sancho I de Portugal, *el Poblador*, y que fue madre del rey Sancho *el Gordo*.

En el año 62, cuando se dirigía a Turín para entrevistarse con el emperador Federico Barbarroja, Ramón Berenguer

enfermó y murió. Llevaron su cuerpo al monasterio de Ripoll y allí fue enterrado. No se sabe cómo fue en su papel de marido; pero como gobernante de los territorios encomendados por su suegro, el rey Ramiro, y de los suyos propios, se esforzó no sólo en asegurar las fronteras al Oeste de sus estados, frenando las apetencias de los reyes de Navarra y de Castilla, sino también arrebatando a los moros, por el Sur, Fraga, Lérida y Tortosa. Nominalmente no fue rey de Aragón, pues lo era su mujer. Pero en los hechos, debería concedérsele en la historia de Aragón el espacio que merece.

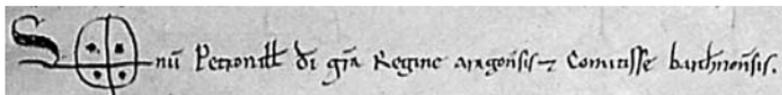
En octubre del mismo año mandó la reina reunir Cortes Generales en Huesca, donde se leyeron las últimas voluntades del difunto: el heredero sería el hijo mayor, Alfonso; a su hijo Pedro le dejó el condado de Cerdeña y el señorío de Carcasona; al menor, Sancho, sólo lo nombra como sucesor en caso de que muriesen sus hermanos. A la reina le cedió Besalú y Ribas. Y de las hijas no hay ni mención.

Designó como tutor de Alfonso a Enrique II de Inglaterra, quien, por su matrimonio con Leonor de Aquitania, era primo político de la reina Petronila. Ya se sabe cuán estrechas fueron las relaciones de la Casa de Aragón con la de aquel poderoso ducado; y Ramón Berenguer, al casarse con Petronila, entró en relación con los aquitanos. Se dice que una de sus hijas fue prometida a un hijo de Leonor y Enrique, Ricardo *Corazón de León*, el legendario rey por el

que luchaba Robin Hood contra el malvado Juan *sin Tierra*, su hermano. Pero el matrimonio no se llevó a cabo.

La reina viuda, como su hijo Alfonso era menor de edad, empezó a hacerse cargo de los asuntos de sus tierras, asistida por un consejo de regencia formado por aragoneses y catalanes. Pero, al parecer, no todo el personal aceptaba de buena gana la situación. Sólo así se explica el hecho de que pudiera proliferar la historia que aseguraba que el último rey de Aragón que mereció tal nombre estaba vivo. Dice Zurita que mucha gente comenzó a seguirle. El pobre señor fue ahorcado. Pero estas alteraciones de Zaragoza fueron las que seguramente indujeron a Petronila, en 1164 y estando en Barcelona, a poner en manos de su hijo, a sus doce años, el reino de Aragón.

De Petronila se dice que alternó sus estancias entre Besalú y Barcelona y que diez años después, en 1173, murió y fue enterrada fuera de tierra aragonesa.



Firma de la reina Petronila en un pergamino de la época

LA DINASTÍA DE BARCELONA



ALFONSO II Y SANCHA DE CASTILLA

Alfonso, el hijo mayor de Petronila y Ramón Berenguer, no era más que un niño cuando fue jurado como rey de las tierras que habían sido patrimonio de sus padres. Su única esposa, Sancha de Castilla, era alta, fuerte, y tenía los cabellos rubios, la frente espaciosa y la nariz aguileña. Esta descripción no está hecha a partir de un retrato sino del cuerpo momificado de la propia reina; por sus restos mortales, que pudieron verse a finales del siglo XIX al abrir su tumba, doña Sancha, hija de Alfonso VII, emperador de Castilla, era una mujer hermosa; y, por lo que sabemos de ella, saludable y templada de ánimo. Estaba, además, muy bien emparentada: era hermana por parte de padre de Fernando II, rey de León y de Galicia, y tía del pequeño Alfonso VIII de Castilla.

Cuando murió su padre, Sancha y su madre vinieron a la Corte de la reina Petronila. Fechado en septiembre del año 62, hay un pacto contra el rey de Navarra, suscrito en Ágreda, entre el jovencísimo y flamante rey de Aragón y su futuro cuñado Fernando II, rey de León, en el que el leonés dice: «[...] *qui meam sororem ducitis in uxorem et religione sacramenti* (que te llevas a mi hermana por esposa en legítimo matrimonio)».

Alfonso II y Sancha se casaron en Zaragoza, en un día de enero del año 1174. El novio tenía dieciséis años y ella, aproximadamente, otros tantos. La boda coincidió con la ceremonia en la que el joven rey fue armado caballero. Cuatro años después, en 1178, nace el heredero de la corona, Pedro. Después vendrían Alfonso, Fernando, Constanza, Leonor, Sancha y Dulce: Alfonso heredó Provenza y los condados anexos; Fernando fue monje cisterciense en el monasterio de Santa María de Poblet y abad de Montearagón.

Constanza casó con Aimerico de Hungría, quedó viuda y se volvió a casar, en 1209, con Federico II de Sicilia. Su hermano Alfonso, junto con un nutrido séquito de grandes señores aragoneses, provenzales y catalanes, la acompañó en su viaje a Sicilia; y en esa isla murió, a causa de la epidemia de peste que se declaró en Palermo.

Una de las hijas pequeñas de los reyes, Leonor, pasó sus años de niña en Sijena y salió de allí, en el año 1200, para casarse con Ramón VI de Tolosa *el Viejo*. Para el conde era su tercer matrimonio y el último: en 1202 dejó viuda a Leonor, que volvió a Sijena y no tardó mucho en seguirlo al otro mundo; fue enterrada, junto a su madre y sus hermanos, en el monasterio de esa localidad, que había sido fundado por sus padres cerca de Sariñena y que, como monasterio femenino de tan alta fundación, acogió a muchas señoras “hijas de ricos hombres y caballeros prin-



*Retrato funerario de una priora de Sigüenza,
en pintura gótica de 1494*

cipales". La penúltima hija de Alfonso y Sancha, llamada como su madre, se casó con Ramón VII de Tolosa, hijo de su difunto cuñado Ramón. Y, finalmente, la benjamina, Dulce, fue también monjita en Sigüenza.

En Perpiñán, el 25 de abril de 1196, a los treinta y nueve años, murió don Alfonso. Su cuerpo fue enterrado en Poblet. En su testamento dejó a doña Sancha como tutora de su hijo Pedro hasta que éste tuviera veinte años. Hubo sus más y sus menos entre la madre y el hijo, incluso desde Sigüenza, adonde se retiró la reina Sancha para morir, en el año 1208.

PEDRO II Y MARÍA DE MONTPELLIER

¡Pobrecita reina María! Su hijo, el gran Jaime I, dijo de ella en su autobiografía que era una santa. De lo que no dijo nada es de lo fea que debió de ser la buena mujer; porque para que tres maridos, despreciando la posibilidad de hacerse con el señorío de Montpellier y las pingües rentas derivadas del floreciente comercio de la burguesía montipesulana, coincidan en un ecuménico “no te quiero”, hay que ser un pelín horrorosa.

Pero si hay una reina de Aragón cuya historia conmueve es la de María de Montpellier. Tres maridos tuvo y ninguno la quiso. Reina o esclava, ¿hay mayor desgracia para una mujer que le digan, por tres veces, que no la quieren? Pues esa fue la historia de María: un continuo no te quiero. Nace y, ¡vaya por Dios!, es una chica. Su padre, Guillermo VIII de Montpellier, se había casado con Eudoxia Comneno, su madre, de rebote; porque ésta, princesa bizantina, había venido para casarse con Ramón Berenguer, un hermano de Alfonso II. Y la unión no se celebró porque, según dicen los historiadores, habría molestado a Federico II Barbarroja (que se había casado con su hermana Constanza). Solución: ya que está aquí, la casamos con el de Montpellier. Y así se hizo. Nació María, y después no llegó el deseado heredero varón. Es el caso que el señor de Montpellier debió de conocer a una hermosa castellana, llamada Inés, en la corte barceloní de doña Sancha. Ni corto ni perezoso,



acuciado por el deseo de descendencia varonil, se llevó a la frutal castellana a su Corte. A la madre de María, a quien algunos trovadores, encontrándole gracias que su marido no veía, habían dedicado sus poesías, se la acusó de adulterio y, como castigo, se la encerró en el monasterio benedictino de Aniane.



María siguió en la Corte de Montpellier, al cuidado de una madrastra que resultó ser una productora en serie de hijos varones, pues en quince años de convivencia con Guillermo, además de dos hijas, tuvo seis muchachitos. No había cumplido doce años María cuando fue entregada en matrimonio a Barral, vizconde de Marsella, hermano del influyente Jofré, obispo de Béziers, y de

Escenas de danza en capiteles de la iglesia de Santiago, en Agüero, de fines del siglo XII

Roncelín, obispo de San Víctor. Barral murió pronto, en 1192, y María regresó a Montpellier. En 1197 volvieron a casarla, esta vez con el conde Bernardo de Comminges, con quien tuvo dos hijas: Matilde y Peyrona. Luego, pretextando lazos de parentesco, el de Comminges la repudió.

En septiembre de 1203 muere el padre de María. Era su hermanastro mayor el heredero de las propiedades y dignidades familiares, pero el pueblo decidió otra cosa y María, como nueva señora de Montpellier, se convirtió en un apetitoso bocado; así, al menos, lo entendió don Pedro II de Aragón, que pidió su mano. El 15 de junio de 1204, en la casa de los templarios de Montpellier, María se casaba con él. Pedro cedió a María el Rosellón y, a cambio, el señorío de Montpellier pasó a pertenecer al nuevo esposo. A finales de ese mismo año, el rey viajó a Roma para hacerse coronar por el papa Inocencio III y le prometió pagar anualmente, como vasallo de la Iglesia, una buena suma de dinero. María no fue con él.

En octubre de 1205 nació su hija Sancha. El rey Pedro no tardó mucho en concertar futuro matrimonio entre la recién nacida y el hijo del conde de Tolosa. La niña llevaría como dote el señorío de Montpellier, que, a la muerte del rey Pedro, pasaría así a manos del de Tolosa. El rey de Aragón era deudor de una cuantiosa suma de dinero al tolosano. Y la promesa de la sustanciosa herencia era un buen motivo para demorar el pago de la deuda. A la reina María,

que por aquellas fechas se encontraba en Cotlliure, ni se le había consultado tal componenda. En aquella ciudad del Rosellón, María, en una carta que milagrosamente se ha conservado, se queja del trato denigrante que le dispensa su regio esposo. Un mes antes de que naciera la niña Sancha, Pedro la había obligado a concederle el señorío exclusivo de Montpellier. María denuncia en su carta haber cedido a los deseos de su marido mediante “indignas amenazas”. Estaba claro que no la quería, que sólo la había desposado para hacerse con el señorío de Montpellier y las sustanciosas rentas que devengaban los impuestos sobre el activo comercio del patriciado urbano. No vivió Pedro con María, no quería hacerlo ni atado; así que le pidió al Papa que los separase. Pero en un momento de debilidad accedió a yacer con ella y, a los nueve meses, nació un varón, a quien su madre bautizó con el nombre de Jaime. Sobre cómo logró un heredero María, el tiempo y las historias, que corren de boca en boca, forjaron una leyenda sumamente conmovedora, divertida e inverosímil que puede leerse en la *Crónica* de Bernat Desclot.

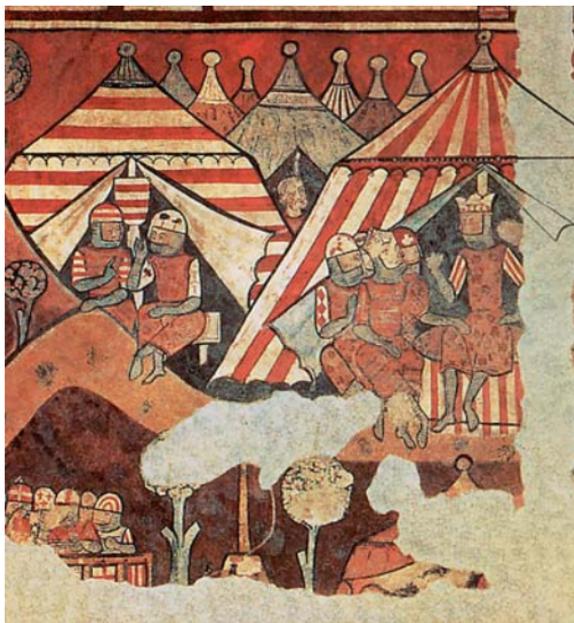
No parece que el rey Pedro volviera a poner sobre su esposa la mano, ni aun la vista. El Santo Padre, a ruegos de María, no le concedió el divorcio. En la vida de este rey valeroso no había más norte que engrandecer y asegurar sus dominios. Usaba de los suyos como si de moneda de cambio se tratara. El pequeño Jaime fue prometido sucesivamente en matrimonio a Aurembiaix de Urgel y a Felicia

de Monfort; casó a sus hermanas con los de Tolosa, entre otras cosas porque debía a sus condes muchísimo dinero. Afincarse en el Sudeste de Francia era una ambición que, como heredero de los condes de Barcelona, llevaba en la sangre. Y María no fue sino un peón más en este juego.

Juego inútil. La aventura occitana, que tanta sangre ¡y tantísimos dineros! de las parias y los impuestos había costado, se terminó en Muret, en el año 1213: el papado, con el rey Capeto haciendo como que no veía, encomendó a Simón de Monfort extirpar la herejía albigense. Pedro, aureolado por la gloria alcanzada el año anterior en la batalla de las Navas de Tolosa, corrió en ayuda de sus vasallos. Frente a Muret perdió la vida. En el mismo año murió María.

JAIME I

En cuestión de mujeres, de todos los reyes de Aragón ninguno como Jaime I. De creer a sus biógrafos, era un fiero. Hasta nuestros días han llegado los nombres de diez de ellas: dos legítimas; otra que, a buen seguro, lo fue; y siete más, que se sepa. Hay quien asegura que el epíteto de *Conquistador* no le viene de haber ganado a los moros los reinos de Mallorca y de Valencia, sino de sus habilidades como seductor. Con casi todas tuvo hijos; alguno de ellos, como veremos, resultó ser un desagradecido. Con o sin descendencia, las siete amantes adornan con sus nom-



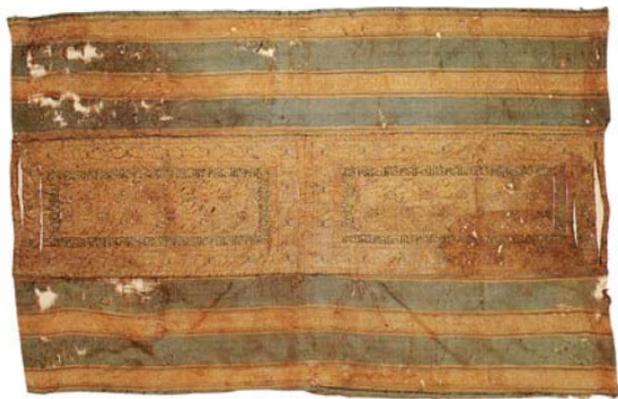
El rey Jaime I en su campamento, durante la conquista de Mallorca, año 1229 (Museo de Arte de Cataluña)

bres el árbol genealógico de la Casa Real de Aragón. “¡Qué hombre!”, parece decir tan larga lista. Y es que, además de ser el rey, Jaime era muy guapo. Le pedimos prestado a Bernat Desclot su retrato:

«El rey Jaime fue el hombre más guapo del mundo, un palmo más alto que los demás hombres, muy bien formado y de miembros proporcionados; tenía la cara grande, sonrosa-

da y tersa, la nariz larga y recta, la boca grande y bien dibujada, los dientes no pequeños y tan blancos que parecían perlas; los ojos oscuros, hermosos cabellos rubios como hilos de oro, espaldas anchas, talle largo y esbelto, brazos gruesos y bien formados; bellas manos de largos dedos, muslos gruesos, piernas largas y rectas, gruesas para su estatura, y los pies largos y bien hechos.»

Y si, a todo esto, le sumamos que debió de ser alegre y gracioso y que, además, era el rey...



Almohada granadina de la reina Leonor, con inscripción árabe que dice "Dicha y ventura" (Museo de telas del monasterio de Las Huelgas)

Leonor de Castilla

Jaime, que al morir sus padres tenía cinco años, pasó de las manos de Simón de Monfort a las de Guillermo de

Monredón. Fueron los templarios en Monzón los encargados de criar al pequeño. Muy pronto se lo llevaron de allí, y los ricos hombres que de él se cuidaban pensaron que lo mejor era casar al rey niño, porque con ello conseguían dos cosas: asegurarse la amistad de Castilla y, si Dios y la naturaleza ponían de su parte, también la continuidad de la dinastía con un heredero.

Fue la elegida Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII y de Leonor de Inglaterra. Su hermana Berenguela, madre de Fernando III *el Santo*, a la sazón rectora de los destinos de Castilla, vio con buenos ojos este matrimonio que le aseguraba la paz en las fronteras con Aragón.

Se casaron en Ágreda. Jaime fue armado caballero en Santa María de Huerta, de Tarazona. Él mismo se ciñó la espada que estaba sobre el altar. Corría el año 1221, la nueva reina tenía unos dieciocho años y el rey era sólo un niño:

E podíem llaora haver dotze anys complits e entràvem en lo trezè; sí que un any estiguem a ella que non podíem fer ço que els hòmens ban a fer ab sa muller, car no haviem l'edat.

Así dice don Jaime en sus memorias. Bonito plan para la reina adolescente, mayor que su marido pero absolutamente ignorante en cuanto a esta parte tan importante de las obligaciones propias de su sexo. Tal circunstancia, unida a la precaria situación del rey, juguete de las ambicio-

nes de su tío Fernando, no ayudó nada a que el matrimonio cuajara en una unión duradera.

Hacia 1223 nace el único hijo de aquella unión falta de amores. Le llamaron Alfonso. En Santa María de Huerta, donde ocho años antes el rey se había armado caballero, se separaron Jaime y Leonor. El pretexto para conseguir la nulidad del matrimonio fue el parentesco: ambos eran bisnietos de Alfonso VII de Castilla. Marchó la reina a su tierra natal, llevando consigo al pequeño Alfonso que, de no haber fallecido antes que su padre, hubiera sido el rey de un Aragón de nuevo dueño de sus destinos. Por suerte o por desgracia, su muerte prematura truncó esa posibilidad. Pero esa historia no pertenece ya a la etapa en que Leonor fue la reina. No volvió a casarse y murió en Burgos, en el monasterio de las Huelgas, en 1244.

Violante de Hungría

Se dice que fue el papa Gregorio IX el que arregló el nuevo matrimonio del rey aragonés. La elegida fue una princesa húngara, hija del rey Andreas II y de Yolanda de Courtenay, y nieta del emperador de Constantinopla. Se llamaba Violante, tenía 21 años y era, según cuentan, una hermosa mujer. Jaime no era ya el chiquillo torpe que le tocó en suerte a Leonor de Castilla, sino un joven apuesto, de probada valentía en los hechos de guerra, que demos-



*Saya encordada de la reina Leonor,
delantero y detalle del lateral.
Brocado árabe de seda y oro,
primera mitad del siglo XIII
(Museo de telas del monasterio
de Las Huelgas)*

tró en la ocupación de Mallorca. Había también otra candidata a la mano del rey de Aragón. Él mismo nos lo cuenta:

«Nos no teníamos mujer, nos propusieron [como esposas] a la hija de rey de Hungría y a la del duque de Austria y lo recomendó el Apostol [el Papal], pero nos, que habíamos tenido hija de rey de los más honrados del mundo, cuando nos quisieron dar a la hija del duque de Austria no la quisimos tomar, ya que preferimos a la hija del rey de Hungría; pues si cuando nos no valíamos tanto, nos entregaron a la hija del rey de Castilla don Alfonso, razón buena es que ahora, cuando valemos más, tomemos hija de rey.»

Vino la novia con un numeroso séquito de nobles húngaros y una dote de 10.000 marcos de plata. Y no era ninguna niña, sino una hermosa mujer en plena juventud y con mucho carácter. El 8 de septiembre del año 36



Reina medieval vestida con pellote, pintura de la techumbre mudéjar de la catedral de Teruel, fines del siglo XIII (Foto: Archivo CAI)



*Pellote de la reina Leonor, primera mitad del siglo XIII
(Museo de telas del monasterio de Las Huelgas)*

hubo boda sonada en Barcelona. Debieron de quererse, eso no habría que ponerlo en duda. Estaba Jaime en lo mejor de su vida, lleno de energía y enardecido por el éxito en la conquista de Mallorca, ávido de gloria, comenzando la lucha en el reino de Valencia. Dicen que la reina alumbró a muchos de sus hijos en el fragor de las batallas.

A los dos años de matrimonio llegó el primero: una niña, a quien llamaron Violante como su mamá y que, tiempo después, se casaría con Alfonso X de Castilla.

Tuvieron ocho hijos más: los chicos fueron Pedro, futuro rey de Aragón y conde de Barcelona; Jaime, rey de Mallorca; Fernando y Sancho, que llegó a ser abad de Valladolid y arzobispo de la Sede toledana. Las hijas fueron, además de Violante, Constanza, que casó con el infante don Manuel, hermano de Alfonso X *el Sabio*; Sancha, que se fue como peregrina a Tierra Santa y murió allí; María, que se metió monja; e Isabel, que se casó con el hijo de San Luis de Francia, Felipe *el Atrevido*. La reina Violante murió el 12 de octubre de 1251.

Esposas legítimas de Jaime fueron, pues, Leonor y Violante. Pero hubo otra, con quien se casó a escondidas, cuya misteriosa historia ha dado que pensar a más de uno a lo largo de los siglos. Fue esta señora Teresa Gil de Vidaure, dama aragonesa a quien la mayoría de los historiadores considera también esposa legítima. Lo que sabemos de ella es que Jaime demandó sus favores y que Teresa debió de decirle: el cordón de mi camisa no se toca si no pasamos antes por la iglesia. Cuentan que el rey le dio palabra de matrimonio, ante testigos, para poder haber solaz con ella. Y tuvieron dos hijos: Jaime, que fue señor de Jérica, y Pedro, señor de Ayerbe. Sobre fechas de comienzo y final de esta relación y sobre los motivos que



llevaron a Jaime a romperla, los datos son confusos. Dicen que Teresa no aceptó la decisión del rey y que recurrió al Papa para hacer valer sus derechos; que el confesor del rey, fray Berenguer de Castellbisbal, obispo de Gerona, testimonió a su favor y que, por esta causa, el rey hizo que le cortaran la lengua...

Hay, también, quien le echa la culpa a Berenguela Alfonso, dama principal de la Corte castellana y prima her-



Ataúd del siglo XVI con los restos mortales de la infanta María, hija de Jaime I y de Violante de Hungría; apareció en uno de los muros de la Seo de Zaragoza durante las obras de restauración de 1994 (Foto: Diputación General de Aragón)

mana de Alfonso X. Doña Berenguela aparece citada en el *Llibre dels feits*; no así doña Teresa, de quien parece ser que Jaime no quería acordarse cuando escribió sus memorias. Cuenta el rey que, cuando estaba a punto de iniciar el asedio de la ciudad de Murcia, pidió confesarse, por si la muerte le llegaba en aquella circunstancia, y demandó al hermano Arnau de Sagarra, de la orden de Predicadores, la absolución de sus pecados. De todos ellos, el rey sólo nos deja constancia de uno: Berenguela Alfonso. Habría que preguntarse por qué, si doña Berenguela era dama de buena familia, no se casó con ella, y por qué siguió pecando páginas después, donde cuenta que, cuando llegó Berenguela al campamento cristiano, «pasaron vuit dies ab gran alegría y gran deport». Ha transcurrido tanto tiempo que tratar de saber qué hay de verdad en estas reales chismografías es imposible.

Hubo más amores en la vida del Conquistador. El más temprano de los nombres de mujeres que con él fueron relacionadas es el de Aurembiaix, hija del conde de Urgel y

de Elvira de Sobirats. Pero no parece que esta muchacha, a quien Jaime había sido prometido por su padre, Pedro II, a la tierna edad de dos años, fuera sino la ocasión de anexionar a la Corona el condado de Urgel. Hay quien afirma, sin embargo, que lo suyo fue una empresa también amorosa. Jaime ayudó a Aurembiaix en contra de Guerao de Cabrera, quien alegaba, con las armas en la mano, derechos de sucesión sobre Urgel. La derrota de este Cabrera fue el primer éxito guerrero serio del joven Jaime. Los urgelitanos, por su parte, renunciaron a la ciudad de Lérida y su territorio, que esta familia tenía en feudo desde los tiempos de Ramón Berenguer IV.

Jaime y Aurembiaix firmaron un contrato de concubinato; en él se estipulaba que, además de mantenerla según su rango, el rey no podría suplantarla sino por una mujer que le aportara un reino o tanto dinero como valía el condado de Urgel. A cambio, ella no podría casarse sin el consentimiento de Jaime. El documento fue firmado en 1228. Pero años después casó Aurembiaix con un primo del rey, el infante Pedro de Portugal, y Jaime no parece que, a punto de comenzar la conquista de Mallorca, volviera a verla.

Por último están Guillermina de Cabrera y Blanca de Antillón, que fue madre de su hijo Fernán Sánchez, a quien el rey hizo barón de Castro y que mantuvo junto a sí con cargos de confianza hasta que, habiéndose rebelado, fue hecho ahogar en río Cinca por su hermanastro el infan-

te Pedro. Y también Berenguela Fernández, que tuvo otro hijo con el rey, Pedro Fernández, barón de Híjar. La ya citada Berenguela Alfonso, como Guillermina de Cabrera, no le dio hijos, pero le hizo tan feliz que el rey creyó que su último pecado de amor conocido era mortal de necesidad.

PEDRO III

Era el mayor de los hijos varones de Violante de Hungría. Nació en 1240, cuando su padre andaba empeñado en la conquista de Valencia. Dicen que fue el favorito del rey don Jaime y que los problemas habidos por la demarcación de fronteras entre Cataluña y Aragón no se debían tanto a que el padre quisiera perjudicar a los aragoneses como al deseo de menguar el patrimonio de su hijo Alfonso, el heredero de la Corona, habido con Leonor de Castilla y a quien, como hermano mayor, le correspondía heredar el título principal, que era el de rey de Aragón.

Los historiadores le echan la culpa a Violante. Dicen que andaba calentándole la cabeza a su marido en favor de sus hijos. Pero parece una afirmación algo exagerada. Cuando murió Violante, en el año 51, Jaime seguía manteniendo la idea de dividir sus tierras entre los hijos, y cuando, en el año 60, murió Alfonso, el hijo de su primera mujer, no cambió de idea: en su postrer testamento dejó escrito que el reino de Mallorca, el Rosellón, la Cerdaña y el señorío

de Montpellier eran para Jaime, el segundo hijo varón que tuvo de la reina Violante. Pedro no estaba conforme con tal decisión, pero se limitó a obligar a su hermano a que hiciera efectivo el vasallaje que le debía: tenía Pedro, como se va a ver, demasiado trabajo como para ocuparse de él.

Constanza Staufen

La firma del Tratado de Corbeil significó el fin, aunque no inmediato, de la aventura occitana para los reyes de la Corona de Aragón. Jaime, el conquistador de Mallorca y Valencia, tenía difícil la posibilidad de allegar nuevas fuentes de riqueza a base de arrebatarla a los moros, ya que Castilla se lo impedía. Los Capeto en el Norte, Castilla por el Oeste y por el Sur... El camino hacia el Mediterráneo se lo señalaron estas circunstancias. Marineros y comerciantes catalanes estaban del todo de acuerdo en seguir por esta vía a su rey. Así que Jaime se aventuró a ello. Fruto de estos planes fue la boda de su hijo Pedro con Constanza Staufen. Ya existían precedentes de alianzas matrimoniales con los dueños de Sicilia: su padre y su abuela Sancha anudaron el matrimonio, como se recordará, de su tía Constanza con Federico II de Sicilia.

La tierra y los mares no lo explican todo en la historia de los hombres, pero ayudan bastante. Un mapa y un dedo que ayuden al ojo de cualquier curioso sirven para entender, en cuanto al Mediterráneo se refiere y las tierras que

Virgen con el niño, del tesoro de Santa Isabel, en plata sobredorada, principios del siglo XIV. Lleva las armas de Aragón y Portugal esmaltadas en el cinturón (véase detalle). (Fotos: Instituto Portugués de Museos)



en él se bañan, qué pasó desde tiempos remotos hasta que un marino genovés, al servicio de Castilla, descubrió las Indias Occidentales y le dio al Atlántico el protagonismo de los mares. Hasta Colón y su atrevida aventura, casi todo lo que se cuece en la historia de Occidente ocurre alrededor del *Mare Nostrum*. Y es que las rutas marinas, por mucha piratería, mora o cristiana, que pretendiese apoderarse de los barcos cargados de ricas mercancías, y por muy furiosas que se pusieran las aguas con los grandes temporales, eran mucho más rápidas y seguras que las rutas terrestres.

La isla de Sicilia, por su situación geográfica, era para el comercio con Oriente la perla del Mediterráneo: con buen viento y forzudos remeros se arribaba desde sus puertos a las costas de Túnez en un santiamén. Por estas fechas en las que se concierta el futuro matrimonio real, aún Acre, Tiro y Jerusalén seguían en poder de los cristianos; desde esas plazas, un floreciente comercio vitalizaba las economías de los países ribereños. Sí, Sicilia era un bombón, *ergo* había que emparentar con los Staufen y, como veremos, con quienquiera que tuviese una princesa casadera por medio de la cual anudar alianzas provechosas.

La niña que llegó de Sicilia para ser la esposa de Pedro era hija del rey Manfredo y de Beatriz de Saboya. Tenía doce años en 1260, cuando en Barcelona se firmó el contrato de matrimonio. La dote de la novia era espléndida:

50.000 onzas de oro más un pequeño tesoro en piedras preciosas. Su futuro esposo era ya el heredero de la Corona. Se casaron dos años después, en Montpellier. Constanza tenía ya 14 años y Pedro, 22. Joven y bella era la esposa, «la más hermosa criatura, la más discreta y honesta», según palabras de Ramón Montaner. El tiempo demostró que también inteligencia y fortaleza eran prendas que la ornaban.

Pedro, cuando todavía estaba soltero, tuvo fértiles relaciones amorosas con una señora llamada María. De aquella unión nacieron tres hijos: Jaime Pérez, señor de Segorbe, Juan y Beatriz. Ya casados, le tocó a Constanza pasar por la vergüenza de la pública relación de su marido con Inés Zapata, que le dio otros cuatro bastardos: Fernando, Pedro, Sancho y Teresa. Y... bueno, hubo muchas más. En esto de las mujeres, Pedro no quiso ser menos que su padre o que su abuelo. Pero dejemos estos líos de faldas, indiginos de las grandes y generales historias de nuestros reyes, y volvamos a Constanza.

A los diecisiete años hizo abuelo al rey Jaime. Mucho debió de alegrarse éste, pues era el primer nieto legítimo nacido de su heredero. Le pusieron Alfonso. Después vinieron Jaime, Fadrique y Pedro. Los dos primeros fueron reyes de Aragón, Fadrique lo fue de Sicilia y Pedro, casado con Guillermina de Moncada, murió por enfermedad en el sitio de León. También tuvo Constanza dos hijas: Isabel y



El monarca de Aragón coronando a su esposa la reina en ceremonia litúrgica. Miniatura del Ceremonial de la Consagración y Coronación de los Reyes de Aragón, copiado durante el reinado de Pedro IV el Ceremonioso

Violante. La primera, que se casó con Dionís de Portugal, llegó a los altares: es Santa Isabel de Aragón, aquella buenísima reina a quien las dádivas que ocultaba en el halda para sus pobres el Señor convirtió en rosas, salvándola así de las iras de su regio marido. La infanta Violante casó con el rey Roberto de Jerusalén.

Las penas de Constanza no eran sólo las derivadas de las infidelidades de su marido. Peor fue para ella conocer la muer-

te violenta de su padre a manos de Carlos de Anjou, hermano del rey San Luis de Francia. Carlos, marqués de Provenza, ambicionaba extender sus dominios; y la Santa Sede, en su vieja lucha por el poder con los Staufen, también quería arrojar de Sicilia a esta familia que le disputaba

sus poderes terrenales. Así que Francia y el papado se pusieron de acuerdo, y Carlos de Anjou invadió la isla. En aquella lucha murió el rey Manfredo. Para 1268, Carlos se había adueñado de Sicilia y de Nápoles. En esta ciudad había hecho decapitar a Conradino, primo de Constanza y heredero de Manfredo. Muchos fugitivos llegados de aquellas tierras le contaron a María los horrores de la



Collar de Santa Isabel, de oro, cabujones y perlas, principios del siglo XIV (Foto: Instituto Portugués de Museos)

guerra, las tropelías cometidas por los franceses y la pena y la impotencia que desgarraban a su pueblo sometido.

Por aquel tiempo, Pedro estaba demasiado ocupado en doblegar a la nobleza levantisca en nombre de su padre, ya que el rey Jaime, en su vejez, había delegado en el heredero la policía de sus reinos. A esta época —comienzos de los setenta— corresponde el episodio en que Fernán Sánchez de Castro, hijo bastardo de Jaime I que había encabezado una de las múltiples rebeliones nobiliarias que asolaban el país, fue condenado por el propio Pedro a morir ahogado en el río Cinca. El mismo castigo infligió a otros nobles rebeldes: también mandó ahogar, esta vez en el mar, a Ramón Guillén de Odena. Dicen que el rey Jaime se lavaba públicamente las manos en estos asuntos y que, a toro pasado, desautorizaba al hijo. Cuando Pedro llegó al trono, la nobleza se lo hizo pagar.

Veintiocho años tenía Constanza cuando murió su suegro, y treinta y siete su marido. Se coronaron en Zaragoza el 17 de noviembre de 1276; no de inmediato, porque cuando murió el rey Jaime estaba el infante Pedro luchando contra los mudéjares valencianos, y hasta finales de septiembre no logró hacerse con ellos.

La coronación de los reyes, con toda la pompa y circunstancia —un siglo después, codificada por su nieto Pedro IV— necesaria para mostrar el poder real, fue la primera que se conoce con tales características. Esta primera

ceremonia de coronación, a la cual los reyes de Aragón tenían derecho por concesión del papa Inocencio III, Pedro declaró no recibir la corona en nombre de la Iglesia romana «ni por ella ni contra ella», lo cual significaba que se eximía a sí mismo y a sus sucesores del vasallaje a la Santa Sede que habían mantenido sus antepasados.

Durante los nueve años en los que Constanza y Pedro reinaron, el monarca aragonés trabajó como un forzado para domeñar a los nobles rebeldes, y hasta 1281 no consiguió llegar a un acuerdo con ellos; acuerdo que estaba más bien hecho a satisfacción de la nobleza, pero es que el rey necesitaba dejar sus asuntos domésticos zanjados porque en Sicilia se estaba preparando una revuelta contra Carlos de Anjou.

En febrero del año 82, en Barcelona, la infanta Isabel se casaba por poderes con don Dionís de Portugal. En marzo estalló la insurrección en Sicilia: hacía tiempo que se venía preparando y, con seguridad, los conspiradores mantenían contactos con el rey de Aragón. En junio de ese año el rey Pedro, tras hacer testamento y dejar como lugartenientes suyos a Constanza y a Alfonso, el joven heredero, embarcó en Tortosa rumbo a la costa tunecina. A finales de agosto, la flota del rey está ya en Sicilia, fondea en el puerto de Trapani y, desde allí se dirige primero a Palermo, donde Pedro es aclamado rey de Sicilia, y luego a Messina, sitiada por las tropas de Carlos de Anjou, quien, al conocer la llegada del aragonés, levantó el cerco.

Tras pacificar Sicilia, el rey hizo venir a su esposa. La reina, que había embarcado en Barcelona con sus hijos Fadrique y Violante, llegó a Palermo en la primavera del año 83 y fue recibida con grandes muestras de alegría. En Messina, el rey Pedro nombró gobernadora a su mujer y heredero del reino de Sicilia a su hijo Jaime. Un consejo formado por hombres eminentes y duchos en las artes de la diplomacia y de la guerra quedó junto a Constanza. Hecho esto, el rey Pedro volvió a sus negocios en Aragón. Dos años de vida le quedaban a este hombre animoso. El papa Martín IV lo había excomulgado, y en agosto se predicó una especie de cruzada para entregar los dominios de la Corona de Aragón a Carlos de Valois, hijo del rey de Francia Felipe III. Hay que decir que Martín IV, antes de llegar al solio pontificio, se llamaba Simón de Brion y era francés hasta las cachas. De lo mal que lo pasó en estos años y de los muchos problemas que le dieron los franceses, su hermano Jaime el de Mallorca y los grandes señores de sus reinos y señoríos, hay mucho que decir. Pero no en este librito.

Pedro no volvió a ver a la reina. Cuando le llegó su hora había hecho repasar el Pirineo a los franceses y preparaba una expedición para ajustarle las cuentas a su hermano Jaime. Pero enfermó y, habiendo pedido el perdón de sus pecados, murió en noviembre del año 85.

La reina gobernó con la prudencia y buen saber que los hechos acaecidos en aquellos años turbulentos avalan:



La reina Constanza de Sicilia, esposa de Pedro III (Foto: Carrera)

reprimió sublevaciones en el interior de la isla por parte de algunos seguidores del de Anjou, y a éste lo derrotó cumplidamente por tierra y por mar. Es verdad que la reina tenía por colaboradores a gentes de la talla de Juan de Prócida y de Roger de Lauria, y también que su hijo Jaime estaba con ella.

Hasta 1297, la reina Constanza permaneció en Sicilia. Pasada esta fecha, pidió permiso a su hijo Fadrique para viajar a Roma con Roger de Lauria y Juan de Prócida, pues debía organizar allí la boda de la infanta Violante. Para entonces, Fadrique había sido proclamado rey de Sicilia por los isleños, que querían recobrar su independencia. El nuevo rey desconfiaba de su madre y de los hombres que habían hecho posible el que ciñera la corona. El motivo para viajar —la boda de su hermana— le pareció bueno; pero la verdad es que cortar amarras con todos los que quisieran poner en entredicho su autoridad, incluida su madre, le pareció aún mejor. Fadrique les concedió el salvoconducto, pero al almirante Roger de Lauria se lo dio sólo para el viaje de ida. Constanza llegó a Roma y fue colmada de honores. Tal vez allí estaban, además de su hijo el rey Jaime, su nuera —la reina Blanca— y sus nietos, pues Jaime habría acudido para recibir del Papa la investidura como rey de Cerdeña y para asistir a la boda de su hermana. Violante se casaba con Roberto de Calabria, heredero del trono de Nápoles. Fiestas, pues; ocasión de alegrías y de ponerse encima espléndidas joyas y hermosos ves-

tidos. Hay quien dice que la reina se quedó en Roma con su fiel colaborador Juan de Prócida. Otros, que volvió a Barcelona con su hijo Jaime y que allí murió, en 1302. Dante la colocó en el purgatorio en su Divina Comedia. En la historia de la Corona Aragón es una de las reinas que, por sus hechos, merece mayor respeto.

ALFONSO III

Si su padre recibió el epíteto de “Grande”, a Alfonso la historia le colgó la etiqueta de “Liberal”. En febrero del año 86 fue jurado rey en Valencia. Tenía entonces veinte años. A los doce había sido proclamado heredero y sucesor de su padre, cuando éste fue coronado en Zaragoza. Y contaba diecisiete cuando la partida de Pedro III a Sicilia le puso al frente de sus primeras responsabilidades como gobernante. Su propio padre fue quien, buscando un aliado para contrarrestar las fuerzas combinadas de Francia y de la Santa Sede, pidió para Alfonso la mano de Leonor, hija del rey Eduardo de Inglaterra. Pero Roma, alegando lazos de consanguinidad, se opuso al casamiento. Alfonso heredó una situación, dentro y fuera de sus reinos, de lo más complicado. A cuatro bandas tuvo que negociar el joven rey: Castilla, Francia, Inglaterra y la Santa Sede.

Tenía tan sólo veintisiete años al morir, el 18 de junio 1291, en Barcelona, cuando se preparaba su boda con Leonor de Inglaterra. Pero durante el poco tiempo en que se

había hecho cargo de los negocios del reino, arregló los suficientes asuntos como para dejar a su sucesor, Jaime II, su hermano, una situación política más propicia que la heredada de su padre. No pudo ser, pues, que Leonor de Inglaterra llegara a ser reina en Aragón.

No se sabe nada de las posibles relaciones amorosas de Alfonso *el Liberal*. La verdad es que, con tanto trabajo como tuvo, no debió de tener mucho tiempo para pensar en mujeres.

JAIME II

Dicen que era de naturaleza enfermiza y que el célebre médico Arnau de Vilanova escribió para él su tratado *Regimina Sanitatis*. Se sabe que padeció uno de esos males que hacen insufrible el montar a caballo. Tal vez por esta causa el rey, en sus últimos años, le tomó afición a la pesca.

La muerte prematura de su hermano Alfonso lo puso al frente de los destinos de la Corona. Había nacido en Valencia en 1267, y era el segundo hijo varón de Constanza Staufen. Cuando llega al poder, cuenta ya con una cierta experiencia, pues había sido gobernador de Sicilia. Ya no es un niño; tiene 24 años y, tras de sí, una amplia trayectoria como guerrero y gobernante. Su padre, Pedro, desbordado como estaba por los problemas, había delegado en su mujer y en sus hijos parte de las responsabilidades del gobierno. Ni Constanza ni ellos lo defraudaron, y con Jai-

me, el segundo de la dinastía de Barcelona, la Corona de Aragón llegó al apogeo de su expansión.

El trabajo duro para él comenzó muy pronto: tenía quince años cuando, en junio de 1282, desde Tortosa, la flota de su padre se hizo a la mar, rumbo a no sabían sus capitanes dónde. Cuentan que a unas veinte millas de la costa, en una pequeña embarcación, el infante fue el encargado de transmitir la orden de poner rumbo a Mahón y de entregar un documento sellado con la orden de no abrirlo hasta fondear en el puerto de dicha ciudad. En él se comunicaba el destino momentáneo de la flota aragonesa: las costas africanas. Desde allí dieron el salto a Sicilia y comenzó la conquista de la isla. Su padre lo nombró almirante de la flota, y si bien es verdad que, según se dice, su valor y su inexperiencia de chiquillo lo llevaron a cometer alguna imprudencia (cosa que le costó el que su flamante título de almirante pasara a Roger de Lauria, victorioso marino al servicio de su padre), también es cierto que el rey Pedro, antes de volver a Barcelona, le encomendó el gobierno de la isla e hizo que fuera jurado rey por los sicilianos.



Cabeza de mujer, de la techumbre mudéjar de la catedral de Teruel, hacia 1300

En el año 91, a la muerte de su hermano Alfonso, vuelve a España, desembarca en Barcelona y viaja a Zaragoza, donde celebra Cortes y es coronado rey. A finales del mismo año se entrevista con Sancho IV de Castilla, establece con él alianzas y, en prenda, se trae a sus tierras una niña de ocho años, Isabel, hija mayor del rey castellano y de María de Molina, que sus padres le entregaron por esposa. Isabel hubiera sido reina de Aragón, pero el matrimonio no llegó a consumarse: fue disuelto por el papa Bonifacio VIII, so pretexto de las consabidas consanguinidades, y la infanta Isabel volvió a Castilla. La verdad fue que el Sumo Pontífice tenía otros planes para casar a Jaime.

Blanca de Anjou

Sucedió que en la ciudad de Anagni, en el año 95, el rey de Aragón renunció a la isla de Sicilia en favor de Carlos II de Anjou *el Cojo*; y se comprometió a devolver a su tío el reino de Mallorca. A cambio, el rey de Francia desistió de sus pretensiones sobre el reino de Aragón y el Papa levantó el entredicho que pesaba sobre el rey y sus súbditos. Para sellar la paz de Anagni, Jaime II se casó con Blanca de Anjou.

Esta reina fue uno de los pocos casos felices en los que las razones de Estado y el corazón de un rey estuvieron de acuerdo. Fue su primera esposa de verdad y dicen que Jaime la quiso mucho. Era la hija mayor de la numerosa prole

que tuvieron Carlos II de Anjou y María, hija de Esteban V de Hungría, reyes de Nápoles.

La boda se celebró en el monasterio de Vilabertrán, en tierras del vizconde de Rocabertí. El rey Jaime mandó construir una preciosa cabaña de madera para albergar a la novia y, sin esperar a solemnidades mayores en Zaragoza o Barcelona, allí mismo la coronó. Las fiestas y el intercambio de costosos regalos entre los contrayentes fueron la admiración de su tiempo. Ocho días duraron los festejos, finalizados los cuales los padres de doña Blanca volvieron a Nápoles. Los nuevos esposos partieron en viaje hacia Gerona y, desde allí, a Barcelona «[...] y luego por todos sus reinos. Y la gloria y el gozo que había en cada lugar que visitaban no hace falta que os lo cuente, pues ya podéis pensarlo; pues quienes habían alcanzado la paz y habían recobrado los sacramentos de la santa Iglesia, así como la misa y todos los demás oficios, de los que aquellas gentes estaban muy deseosos, ¡ya podéis imaginar el gozo y la alegría que debían sentir!». Así lo relata Muntaner. Fue un viaje de novios en toda regla, unas vacaciones para el rey que, otra vez según Muntaner, «[...] iba solazándose con mi señora la reina por sus reinos». Bodas traen bodas, y de aquélla salió la del infante Pedro, hermano del rey, que a ruegos de su cuñada casó con Guillermina de Moncada, hija de Gastón de Bearne. Los nuevos esponsales se celebraron, asimismo, con gran alborozo. Para no ser menos que su regio hermano, también el infante Pedro fue



Recreación romántica de un festejo cortesano, según óleo de F. Pradilla, 1884

solazándose con doña Guillermina de Moncada por sus reinos. Este Pedro, que había sido el ojito derecho de su padre, murió poco tiempo después a causa de la peste, cuando en nombre de su hermano, en lucha con el rey de Castilla, estaba sitiando la ciudad de León.

En quince años de matrimonio Jaime y Blanca tuvieron diez hijos: Jaime, cuya historia es en su mayor parte un misterio, fue el primero de los varones; Alfonso nació en Castelново en 1299, cuando su padre andaba en guerra con su tío Fadrique; Juan fue arzobispo de Toledo y después, de Tarragona; Pedro, conde de Ribagorza y de Ampurias; y Ramón Berenguer, conde de Prades. Las cinco hijas fueron: María, que se casó con el infante de Castilla don Pedro, señor de Cameros, y terminó sus días en el

monasterio de Sijena, al igual que su hermana Blanca, también monja de ese monasterio; Constanza, que contrajo matrimonio con el infante don Juan Manuel, y Violante, que se casó en primeras nupcias con Felipe, déspota de Rumanía, y en segundas con Lope de Luna, señor de Segorbe y primer conde de Luna.

En aquellos años, Jaime conquistaba Alicante, Elche, Orihuela y, finalmente, la tan codiciada ciudad de Murcia, la cual más tarde, aceptando sentencia arbitral, fue devuelta al rey de Castilla (aunque la Corona de Aragón se anexionó Alicante y su territorio). No tuvo éxito, sin embargo, en la guerra con su hermano Fadrique por la isla de Sicilia. En 1297 fue a Roma para ser investido rey de la isla y asistir junto con su madre, la reina Constanza, a la boda de su hermana Violante. A finales de octubre el rey Jaime, con una imponente flota, zarpaba rumbo a Sicilia. Pero antes atracó en el puerto de Ostia y fue a visitar al Papa en Roma; de él recibió su bendición y su estandarte, pues en su nombre iba a guerrear contra su hermano. Luego fue a Nápoles, donde, con sus padres, quedaría la reina. Casi tres años anduvieron el rey y su ejército en el hecho de Sicilia. Se dieron buenas zurras: las cuenta Muntaner con todo lujo de detalles. El último combate naval librado por los dos hermanos se resolvió a favor de Jaime; su almirante, Roger de Lauria, destrozó la flota del rey Fadrique frente al cabo Orlando y no hizo prisioneros porque ordenó que no hubiera supervivientes. Pero el rey ara-

gonés estaba cansado, tenía aún asuntos pendientes con Castilla y, después de intercambiar cautivos, volvió con la reina a Cataluña.

Uno se pregunta, al conocer a vida tan agitada que llevaba en aquellos años el rey Jaime, cuándo podía dejar embarazada a la reina. Doña Blanca lo siguió en la mayoría sus desplazamientos; así, al infante Alfonso, su segundo hijo varón y futuro rey de Aragón, lo alumbró en Castellново, en el reino de su padre, mientras su marido luchaba en Sicilia.

La reina Blanca, la señora Blanca de la Santa Pau, a quien el pueblo de Barcelona había amado sobremanera, murió en la Ciudad Condal en octubre del año 1310, probablemente extenuada por maternidades tan seguidas. Tal vez flaqueara antes su salud, pues en 1308, cuando estaba a punto de alumbrar al último de sus hijos varones, Ramón Berenguer, en Tortosa, hizo testamento. Fue enterrada en el monasterio de Santes Creus.

María de Chipre

No le guardó mucho luto el rey Jaime a su esposa. La nueva propuesta de matrimonio venía de la isla de Chipre, que por su privilegiada situación en el Mediterráneo era emporio comercial de primer orden en las rutas con Oriente. Reinaba allí desde el siglo XII la familia francesa de los Lusignan, vasallos del rey de Inglaterra. El caso es que en

aquel tiempo estaba Enrique II de Lusignan, a la sazón rey de Chipre, en apuros: su hermano Amalrico se le había rebelado en Tiro y cometido bastantes tropelías. Por ello decidió desheredarlo y otorgar los derechos dinásticos a su hermana mayor, María. De paso, para mantener sus pretensiones con el poder que da la fuerza, decidió buscarse un cuñado. El rey de Aragón había enviudado muy recientemente y una alianza con él le venía como anillo al dedo. Dicho y hecho: Enrique II de Lusignan mandó una embajada a Barcelona para tratar el casamiento, y al rey le pareció bien la propuesta. Para el comercio catalán era estupendo: Chipre, como lugar de paso para repostar las naves que iban y venían y para fraguar buenos negocios, era el lugar ideal. En agosto de 1311 salió de Barcelona una flotilla rumbo a la isla. En ella, los emisarios llevaban la noticia de que el rey Jaime aceptaba casarse, aunque no con María sino con su hermana pequeña, Eloísa.

Pero Isabel, la reina viuda de Hugo III de Lusignan, se negó al cambio. Primero había que casar a la hermana mayor, la heredera de su hermano, pues si no se hacía así los grandes señores de la isla se lo tomarían muy a mal; además, «María era muy hermosa y de conveniente edad; y era tan discreta y sabia que el rey su hermano no hacía ninguna cosa sin su consejo». Esto lo cuenta el gran Zurita y uno se pregunta si María, la rica heredera, no sería como aquella otra María, bisabuela del rey Jaime, de quien los historiadores dicen de todo menos que fuera bonita.

Para dejar contento al rey Jaime le respondieron los chripotas que, si le parecía bien, Eloísa podían dársela en matrimonio al infante Alfonso su hijo, con una espléndida dote, y que, para redondear la oferta, pedían la mano de la infanta Violante para su rey. De todos estos matrimonios sólo cuajó el del padre con María.

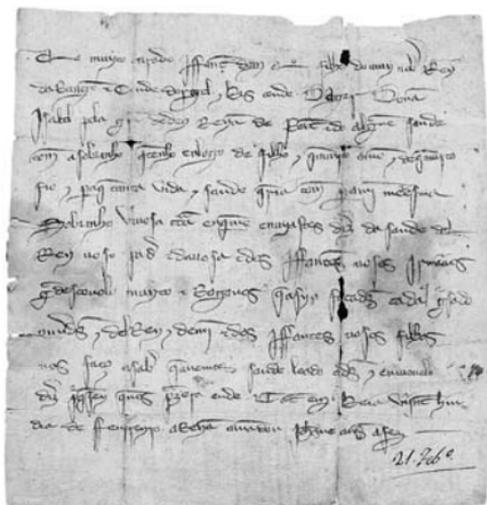
María y Jaime no tuvieron hijos. En el tiempo en que ella reinó en Aragón se recuperó el valle de Arán y se casaron sus hijastros, Pedro, María y Constanza. Pocas noticias tenemos de María de Lusignan. Murió en 1319 en Tortosa y fue enterrada en aquella ciudad, en el convento de los frailes predicadores.

Elisenda de Moncada

Era doncella de gran linaje, hermana de don Ot de Moncada, hombre de confianza de la familia real. Fue la cuarta esposa de Jaime II. Se casaron en Tarragona el 25 de diciembre de 1322. En los cinco años que duró el matrimonio tampoco Elisenda concibió hijos. A la muerte del rey, en 1327, se retiró al monasterio de las clarisas de Pedralbes. En el año 39 se sabe que salió de su retiro para asistir a las fiestas solemnes que con motivo de la traslación de las reliquias de Santa Eulalia y de la llegada de la reina María de Navarra se celebraron en Barcelona, cuando ya reinaba Pedro IV *el Ceremonioso*. En 1344 fue madrina de la infanta Juana, hija de Pedro IV y María de Navarra.

ALFONSO IV EL BENIGNO

Segundo hijo varón de Jaime II y de Blanca de Anjou, había nacido en Nápoles en 1299. Llegó al trono por la renuncia de su hermano mayor, Jaime, quien tomó el hábito de la Orden de San Juan del Hospital. En el año 1320, convocadas Cortes Generales en Zaragoza, es jurado como heredero y sucesor en los reinos de su padre. Tenía ya 21 años. Jaime II le encomendó la conquista de Cerdeña, y el mismo día en que éste se casaba con Elisenda de Moncada, a finales de 1321, enarbó Alfonso en Barcelona el estandarte real para proclamar la guerra contra la isla. Ya rey, estallaron graves revueltas en la isla promovidas por Génova, lo que supuso la guerra con esta ciudad, con la que Alfonso no logró la paz por la brevedad de su reinado. Trató de reformar la administración de Cerdeña, ya que las algaradas se habían pro-



*Carta de la reina Isabel de Portugal a su sobrino el infante Alfonso de Aragón, de principios del siglo XIV
(Archivo de la Corona de Aragón)*

ducido a causa de la negligencia y los abusos de los administradores catalanes.

Alfonso no gozaba de buena salud. Tenía, según cuenta su hijo Pedro, hidropesía. Pudo ser su corazón o tal vez sus riñones los que le producían este padecimiento, para el cual los remedios de la farmacopea medieval eran inútiles. Murió en Barcelona el 25 de enero del año 35, lejos de sus hijos y abandonado por su mujer.

Teresa de Entenza

No llegó a ser reina, pues murió en 1327, unos meses antes que su suegro, el rey Jaime II. Pero ocupa aquí un lugar por derecho propio porque fue la madre del rey Pedro IV *el Ceremonioso*. Era sobrina del conde de Urgel e hija del noble Gombaldo de Entenza, cuyas tierras y castillo estaban situadas en el condado de Ribagorza.

Teresa y Alfonso se casaron en 1314 en cumplimiento de un pacto acordado entre Jaime II y el tío de Teresa, que era conde de Urgel y vizconde de Ager, por el que se legaban estos dominios al rey de Aragón mediante una cantidad de dinero y el casamiento de Teresa con el hijo del rey aragonés. Éste, por su parte, cedió sus títulos a los nuevos esposos. Teresa, bella e inteligente, y soberana de Urgel con derecho a acuñar moneda, acompañó a su marido en la conquista de Cerdeña. Alumbró cinco varones y dos

hembras: Alfonso, que apenas vivió un año y murió en Balaguer; Pedro, que fue rey de Aragón; Jaime, a quien su padre concedió los títulos de conde de Urgel y vizconde de Ager y que, tras enfrentarse con su hermano Pedro, murió envenenado en 1347; Constanza, casada a los seis años con el rey Jaime de Mallorca, y Fadrique, Isabel y Sancho, que murieron niños.

Teresa de Entenza murió en Zaragoza unos días antes que el rey Jaime, su suegro: falleció a finales de octubre de 1327, al alumbrar al último de sus hijos. No vivió para ver las lucidas fiestas con las que fue coronado su marido y en las que ella, con todo el merecimiento, habría sido, a su vez, coronada. La enterraron en la iglesia de los frailes Menores de Zaragoza.

Leonor de Castilla

Era hija de Fernando IV de Castilla y de Constanza de Portugal; nieta, pues, de Santa Isabel. Había nacido hacia 1307, y en 1311, como prometida del heredero de la Corona de Aragón, fue traída a la Corte de los reyes Jaime y Blanca, padres de su futuro esposo, y en ella pasó su niñez. Era su hermano el rey Alfonso XI de Castilla. Su padre y su madre habían muerto ya cuando tenía seis años.

Nada más sabemos de ella hasta el año 1319. Ni de sus juegos y estudios, ni de si Jaime y ella intercambiaron juguetes y confidencias. Se desconoce por qué clase de cri-

sis personal el infante Jaime dejó plantada a Leonor ante el altar, nada más celebrarse la boda, y se hizo fraile hospitalario. ¿Qué sintió la jovencísima Leonor, repudiada de manera tan notoria? Fue devuelta a Castilla, a la vera de su hermano Alfonso, el undécimo de este nombre. Pero, diez años después, volvió a Aragón, esta vez para casarse con Alfonso IV, hermano de Jaime. Las bodas se celebraron en Tarazona, en febrero de 1329. Leonor tenía ya 22 años y su marido, viudo desde hacía dos de Teresa de Entenza, contaba con 32 de edad y era padre de cuatro hijos. El mayor, el futuro Pedro IV, esmirriado y contrahecho, tenía diez años y era el heredero de la Corona.

No sabemos si Leonor cumplía todos los requisitos para ser la perfecta madrastra de los cuentos para niños, pero la posteridad se los ha adjudicado. La reina tuvo a Fernando, su primer hijo, en diciembre del año 29, y a Juan, el segundo, hacia 1333. Su deseo de asegurarles el porvenir fue causa de enfrentamientos entre el rey sus súbditos: malmetió a su marido en contra del futuro Pedro IV y a favor de su hijo mayor; el rey creó para él el marquesado de Tortosa, cuando el pequeño Fernando tenía tres años, y le hizo donación de tantas tierras y ciudades del reino de Valencia que éste quedaba prácticamente independiente de la Corona. Ante las protestas de Pedro, de gran parte de la nobleza aragonesa y de muchos de los de Valencia, Alfonso IV revocó la donación y declaró inseparables de la Corona los tres estados: Valencia, Cataluña y Aragón.

La reina Leonor, no en balde hija y hermana de reyes, debía de ser mujer de armas tomar. Alfonso, además de quererla, estaba bastante mal de salud y no tenía el talante personal que caracterizó a su hijo Pedro. Así que fue incapaz de impedir que la reina persiguiera con saña a quienes defendían a este último. No es difícil imaginar la clase de sentimientos que el futuro rey albergaría hacia su madrastra; quien, por cierto, cuando se agravó la enfermedad de su marido empezó a considerar la posibilidad de ponerse a salvo de las iras de sus hijastros. Dicen que no esperó a cerrarle los ojos, que recogió todas sus pertenencias y puso, camino de Castilla, pies en polvorosa. A Pedro, la noticia de la muerte de su padre le llegó en Zaragoza. Tres días de ventaja le llevaba la reina. De inmediato mandó al heredero vigilar los pasos que la conducían a Castilla, con el fin de hacerla su prisionera. Pero no lo consiguió: la reina, cruzando las serranías turolenses en pleno invierno, llegó con sus hijos sana y salva a Castilla, junto a su hermano, el rey Alfonso XI.

No cabe en este librito toda la peripecia seguida por la reina y sus hijos en Castilla. Tan sólo señalaremos que doña Leonor murió estrangulada, por orden de su sobrino Pedro, llamado *el Cruel*, en el año 59, quien antes había hecho matar, en Bilbao, a su hijo el infante Juan. Después, en el año 63, tras la firma del tratado de Murviedro, murió también el infante Fernando, por orden de su hermanastro, Pedro IV de Aragón.

PEDRO IV *EL CEREMONIOSO*

Zurita dice que era de condición ardiente y que fácilmente se encendía en ira. Huérfano de madre a los ocho años, aquel niño a quien su madrastra Leonor hubiera preferido ver criando malvas creció en Aragón, lejos de su padre, junto con su hermano el infante Jaime, protegidos ambos por el arzobispo de Zaragoza Pedro López de Luna y por algunos nobles aragoneses. En un momento dado, según cuenta el propio Pedro en su *Crónica*, Alfonso reclamó a sus hijos. Los señores aragoneses se negaron a entregar a los infantes, pues corrían peligro de ser envenenados por su madrastra; se los llevaron a Ejea de los Caballeros y de allí a las montañas de Jaca, al objeto de poder pasarlos a Francia si su padre insistía en hacerse con ellos. No fue así, y en Aragón quedaron Pedro y Jaime «E tota la terra d'Aragó nos amava e ens volia gara bé»; palabras son éstas del rey Pedro, que nos informa también de cómo Alfonso, su padre, se comunicaba con ellos a espaldas de su mujer. Cuando murió éste, llegó Pedro al trono: era un muchacho de dieciséis años y tenía mucha gente alrededor que ambicionaba ganarse su voluntad.

Fue coronado en La Seo zaragozana en la Pascua del año 1336. No cabe aquí relatar las muy gozosas fiestas con que la capital celebró la coronación del joven rey. Baste decir que, más o menos, como en las fiestas del Pilar, la víspera del evento pocos pudieron dormir en la ciudad

porque «tota aquella nit nostres vassalls, ab grans alegries, cants e deports, passaren aquella nit».

De Zaragoza, habiendo celebrado Cortes y jurado los fueros aragoneses, marchó el rey a Lérida, donde confirmó los usos y privilegios a los catalanes y fue jurado conde de Barcelona. Y de allí fue a Valencia, donde, convocadas las Cortes, fue jurado rey por los valencianos. En posesión ya de todos sus dominios a sus no cumplidos diecisiete años, la primera empresa que acometió fue ir contra Pedro de Jérica, valedor de su madrastra, y ordenar a su hermano Jaime, conde de Urgel y que tendría unos quince años, que se encargase de combatir, asediar y talar Jérica. Talando y quemando las tierras de su enemigo pasaron los dos hermanos el otoño y el invierno de aquel año.

En el arreglo del contencioso con sus hermanastros y la madre de éstos contribuyó decisivamente su tío el infante Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza, que había sido su tutor. Convenía solucionar aquellos asuntos, porque Leonor y sus hijos no sólo tenían valedores en Aragón, sino que también contaban con la protección del rey de Castilla, hermano de la reina; además, los benimerines amenazaban las costas peninsulares. Como Castilla anduvo durante aquellos años ocupada en rechazar a los invasores, y Navarra y Aragón habían establecido alianzas que culminaron con el matrimonio de Pedro y la infanta María de Navarra, no había nada que temer de los reyes vecinos, así

que Pedro IV se decidió a acometer la conquista del reino de Mallorca.

María de Navarra

El 25 de julio de 1338 Pedro IV se casa en Alagón con María, hija de los reyes de Navarra, por pacto acordado ya en vida de Alfonso IV. La alianza con el rey de Aragón era beneficiosa para los navarros, pues Alfonso XI de Castilla les disputaba sus tierras.

De la infancia de la reina María no se sabe prácticamente nada. Cabe imaginar que, apenas comenzada su adolescencia, se sabría destinada a ser la futura reina de Aragón y que ya le habrían dicho las malas lenguas que su prometido no era lo que se dice un príncipe apuesto. De ella no dijo su marido, pasados los años, sino que «fou dona de santa vida e de gran honestat». Eran dos críos cuando en Alagón consumaron el matrimonio. Zaragoza los recibió, en su viaje hacia Valencia, con las fiestas de rigor y que el rey Pedro liquidó en su *Crónica* en menos de una línea.

Los nueve años en los que fue reina María de Navarra coinciden con la conquista de Mallorca. Las vejaciones a las que sometió el de Aragón a su cuñado Jaime III y a su hermana Constanza, antes de llegar a la guerra abierta con el de Mallorca, sí que fueron descritas por Pedro IV con todos sus pormenores. A la vez que se desarrollaba esa guerra, el rey de Castilla pedía ayuda a Pedro IV para

luchar contra la invasión benimerí; éste respondió con el envío de recursos en navíos y en hombres, aunque no en la cuantía que deseaba Alfonso XI, pues el rey aragonés no podía —empeñado como estaba en conquistar las Baleares, el Rosellón y la Cerdaña— distraer muchos efectivos de sus ejércitos.

Pedro y María tuvieron un hijo y tres hijas. Éstas fueron Constanza, que nació en fecha desconocida y casó con Federico II de Sicilia; Juana, nacida el 7 de noviembre de 1344 y que se casó en 1372 con Juan, conde de Ampurias; y María, que murió en Montblanc en junio del año 48.

La reina María pasó la navidad del año 45 en Perpiñan, la capital del condado de Rosellón, que se había rendido a su marido pocos meses antes y de donde salió, de nuevo embarazada, camino de Barcelona. Pedro, que iba a Valencia, dejó a su mujer en Poblet para que no sufriera las penalidades del viaje por aquellos caminos de entonces. Poco después, ya en Valencia, recibió el rey la noticia de que María estaba muy enferma, y en cuanto pudo se puso en viaje para estar con ella. Pero sucedió que, una vez en Poblet, se encontró con que la reina, que había abortado el hijo que esperaban, estaba ya muy mejorada. Así que Pedro, que no parece que tuviera entonces asuntos importantes que resolver, decidió pasar todo el verano del 46 allí con la reina. Ya entonces debió de quedarse María otra vez embarazada, porque entre finales de marzo y principios de

abril del año siguiente les nació en Valencia el deseado varón, que fue bautizado con el nombre de Pedro.

Pero el gozo de aquel nacimiento se tornó en rabia y desesperación: el niño apenas sobrevivió un día, y su madre murió poco después.

Como de su matrimonio con María de Navarra Pedro IV no había logrado un heredero varón, sino sólo hijas, trató de legitimar la sucesión al trono de su hija mayor, Constanza. Los juristas decidieron que la “Real Gana” era una razón lo suficientemente poderosa como para que, en efecto, pudieran heredar el trono las mujeres; así que en 1347 se proclamó a la infanta Constanza, que no había cumplido los diez años de edad, heredera de la Corona y lugarteniente general del reino, título y cargo que habían pertenecido hasta entonces a su tío Jaime de Urgel.

Leonor de Portugal

A Pedro IV le urgía contraer nuevo matrimonio. Por aquellas fechas, en Portugal había una infanta joven y bella, Leonor, cuya mano pretendía el rey de Castilla para su sobrino Fernando de Aragón, hermanastro de Pedro. Una alianza con los portugueses no era algo nuevo para la dinastía aragonesa: años antes, Isabel, la tía abuela del rey, se había casado con Dionís de Portugal. Además, tener a Castilla entre dos fuegos beneficiaba a ambos reinos. De modo que, apenas enterrada su esposa María,

Pedro envió embajadores a Portugal para tratar las condiciones del enlace con la infanta Leonor. Y, a pesar de los esfuerzos de la diplomacia castellana para estorbar esta unión, el 11 de junio de 1347 se firmaban los documentos matrimoniales.

En el verano de aquel mismo año, la infanta Leonor embarcó rumbo a Barcelona. Además de sus joyas y vestidos, viajaban con ella 50.000 libras barcelonesas que, en concepto de dote, habían conseguido los embajadores del rey de Aragón para las maltrechas arcas de la Corona. El viaje se hizo por mar y duró lo suyo. Habría resultado más corto por tierra; pero como para eso había que cruzar Castilla, era preferible navegar contorneando la Península que habérselas con los del desairado reino vecino.

Mientras la infanta Leonor llegaba a Aragón, su prometido tenía tan revueltos sus Estados que le había sido imposible tomarse unas vacaciones. La idea de nombrar heredera a su hija Constanza no le había producido más que disgustos: en torno a su hermano el infante Jaime, que se consideraba, de no haber hijos varones, el heredero de la Corona, se habían aglutinado en una liga —a la que llamaron Unión— todos los descontentos del reino aragonés, que reclamaban a Pedro una mayor autonomía en el gobierno de sus territorios y más respeto para con sus fueros. En Valencia sucedía más o menos lo mismo, y también en Rosellón y Cerdeña, donde los partidarios del rey de

Mallorca reclamaban su libertad y la vuelta de Jaime III. Fueron unos meses muy agitados para *el Ceremonioso*, que tuvo ocasión de demostrar sus dotes diplomáticas. Sólo a fuerza de pactar con los rebeldes de la Unión, así como con su hermano Fernando y su madre, que habían venido de Castilla con un contingente de soldados, consiguió Pedro ganar tiempo y adeptos para su causa.

Llegó, por fin, la infanta a Barcelona. Al rey le habría gustado celebrar su nueva boda con todo esplendor, porque las fiestas propician los ánimos del pueblo y Pedro quería que Barcelona —y, con ella, los catalanes, que no se habían sumado a los rebeldes aragoneses y valencianos— le fuese leal. Pero un hecho luctuoso destruyó aquellos planes: el infante Jaime enfermó cuando viajaba a Barcelona y murió allí, el mismo día en que las galeras portuguesas que traían a Leonor fondeaban en la playa. Las fiestas nupciales, por esta causa, se celebraron con poco regocijo.

De Barcelona se encaminaron los esposos a Valencia, donde el día primero de abril de 1348, Leonor fue recibida con grandes fiestas. Pero allí estaban los ánimos muy exaltados, y terminaron los reyes casi prisioneros de la Unión Valenciana. La peste de aquel año sirvió de pretexto para que los soberanos abandonaran la ciudad.

En aquel verano de 1348, habiendo quedado Leonor en Teruel, cuentan que se dio la mayor y última batalla en

defensa de las libertades de Aragón. Sucedió en Épila: allí se enfrentaron el ejército de la Unión, comandado por el infante Fernando (el cual, muerto su hermanastro Jaime de Urgel, era el heredero varón de la Corona), y el del rey, cuyo jefe era don Lope de Luna. Hay quien dice que en aquella batalla Pedro IV hizo de nuevo alarde de su arrojo; pero no parece que fuera así realmente, porque el rey ni siquiera estaba en Épila por aquellas fechas. El vencedor de aquella batalla fue Lope de Luna, aunque resultó gravemente herido. Muchos buenos caballeros aragoneses murieron allí y fueron los de Daroca, de donde partieron casi todos los hombres capaces de empuñar las armas, quienes con más valor pelearon. Los pendones de la Unión y de la ciudad de Zaragoza quedaron en Épila en memoria de esta victoria.

No se sabe cuándo volvieron a reunirse el rey y la reina. Tal vez estuviera Leonor presente en las magníficas fiestas que se celebraron en la Aljafería en septiembre con su marido que, victorioso, fue a celebrar Cortes en Zaragoza, y en las que don Lope de Luna recibió el título de conde. Y si fue así, también sabría de las ejecuciones que en Zaragoza, ante la puerta de Toledo y en otros lugares de la ciudad, sirvieron de escarmiento a los vencidos rebeldes que no habían tenido tiempo de escapar de la justicia. Quemaron los privilegios de la Unión que había concedido Alfonso III, tío abuelo del rey, y que éste, confirmándolos, se había visto obligado a firmar el año anterior. Rotos fue-

ron también los sellos que se habían acuñado para autenticar sus documentos.

A salvo el honor real, la compensación económica fue sustanciosa: a los bienes confiscados a los vencidos se añadió un tributo extraordinario que se recaudó por todo el reino. Pero en éstas llegó la peste a Zaragoza y Leonor, que se había librado de ella en Valencia, contrajo el mal. Con la reina enferma, Pedro partió hacia Teruel, pues había decidido continuar las Cortes en esa ciudad. Después, buscando lugares más salubres, se fueron los reyes a Jérica. Y en ese lugar, a finales de octubre, murió la reina.

Leonor de Sicilia

No aguardó mucho Pedro para procurarse nueva esposa. Muerto su hermano Jaime, el legítimo heredero de la Corona era su hermanastro Fernando, quien, con todo derecho, alimentaba esperanzas de sucederle en el trono. Recién fallecida Leonor de Portugal, llegó una carta de Pedro de Busquets, mensajero del rey de Sicilia, en la cual se decía que el infante Fernando había comenzado negociaciones para casarse con la infanta Leonor de Sicilia y que no estaría mal que el rey Pedro se casara con su hermana, la infanta Eufemia, que era una doncella hermosa, buena y discreta. Pero Pedro prefería a Leonor, porque era la mayor y, por lo tanto, tras sus dos hermanos varones, Luis y Federico, también la heredera del trono.

La noticia de los planes de Fernando le llegó a Pedro cuando estaba en Segorbe, a punto de comenzar la guerra contra los unionistas valencianos; el rey se apresuró a pedir la mano de Leonor y a rogar al Santo Padre que le concediera dispensa para casarse con ella, pues eran parientes. Ni a los sicilianos ni al Papa les apetecía que Leonor casara con el de Aragón, así que intentaron impedir la boda.

La infanta, por su parte, debió de plantearse la elección entre los dos pretendientes: Pedro tenía por entonces 30 años, era bajito y poco agraciado, viudo y con hijas. Fernando, sin embargo, cumplía en aquel diciembre 20 años y era, según dicen, un apuesto muchacho, que además estaba soltero y sin compromiso. Pero a Fernando le faltaba un pequeño detalle: la corona. Por esta sola nimiedad, Leonor acabó eligiendo a Pedro.

Cuando Leonor vino a casarse con Pedro, había muerto ya su padre, Pedro II de Sicilia, y su hermano Luis, con 16 años, era el nuevo rey. Su madre, sin embargo, se había unido a los que pedían una Sicilia para los sicilianos y se habían apoderado del joven rey Luis.

La boda fue, pues, un asunto muy controvertido. Fueron nobles aragoneses como don Blasco de Alagón, conde de Mistreta y señor de Naso, y don Guillén de Peralta, conde de Caltabellota, entre otros, quienes alimentaron y apoyaron el deseo de Leonor de casar con el rey de Aragón. Pero a ello se oponía la propia madre de la princesa y los

nobles sicilianos, que con el rey niño en su poder pretendían echar a los aragoneses de la isla. Finalmente, Leonor, que había sido encerrada en un convento de la ciudad de Messina, acabó saliéndose con la suya.

Las condiciones del enlace eran, por parte de los sicilianos, la renuncia de la infanta a sus derechos al trono; y por parte de los aragoneses, el que la futura reina aportara 50.000 libras barcelonesas, las mismas que habían constituido la dote de Leonor de Portugal. Cuando las negociaciones matrimoniales terminaron, ya en el verano del año 49, Leonor embarcó rumbo a la Península. El viaje hasta Valencia no estuvo exento de peligros; Jaime, el destronado rey de Mallorca, que no se daba por vencido, preparaba una escuadra para recuperar su reino. Al rey Pedro le llegaron noticias acerca de lo que su cuñado Jaime tramaba: secuestrar a la infanta Leonor en su viaje por el mar. Pero la flota en la que ella venía fondeó en Cerdeña, en espera de refuerzos, y luego, evitando la navegación por el golfo de León, consiguió llegar a Valencia.

Para entonces, hacía meses que Pedro había derrotado a la Unión valenciana. Si en Aragón castigó con rigor a los culpables, en Valencia hizo una verdadera escabechina. Pero es que, en opinión del rey, no era para menos. Los de Valencia habían elegido un jefe «según la forma que lo acostumbraban las señorías y las repúblicas libres de Italia» y eran refugio de los aragoneses que habían sido juzgados

por traidores en las Cortes de Zaragoza. Antes de iniciar la campaña que terminó con los rebeldes, se aseguró la amistad del rey de Castilla para impedir la intervención de Leonor y sus hijos. La prenda del cambio era su hija Constanza, que se casaría con el infante castellano Enrique. Ello conllevaba un posible reino para éste, pues Constanza era, por aquel entonces, la heredera del trono aragonés. En Mislata fueron derrotadas las huestes de los unionistas valencianos, y pocos días después, el 10 de diciembre de 1348, la ciudad abrió sus puertas a las tropas reales.

El 27 de agosto de 1349 se casaron Pedro y Leonor de Sicilia en Valencia. Allí pasó la pareja aquel invierno y la primavera del año 50. Después fueron a Barcelona y luego a Perpiñán, donde, el 27 de diciembre, nació el hijo varón que el rey y sus reinos esperaban. Fue bautizado con el nombre de Juan. Su llegada al mundo significó el fin de las pretensiones al trono de su tío Fernando y, en consecuencia, la posibilidad de paz con Castilla. Quería el rey Pedro que los aragoneses aceptaran que el infante fuera jurado como primogénito y sucesor de su padre en Perpiñán. Pero éstos se negaron, así que el pequeño fue jurado como heredero en Zaragoza dos años después, el 23 de septiembre de 1352.

Tres hijos más tuvo Leonor: Martín, Leonor y Alfonso. Martín nació en Gerona en 1355, Leonor en Santa María del Puig, de Valencia, y Alfonso en 1362, en Perpiñán, y murió

muy niño. Si Martín vino al mundo en las fechas que se dicen, la reina debió de perder algún hijo, porque, según cuenta Zurita, meses después de que naciera Juan, en mayo del año 51, el rey Pedro concertó una entrevista en Montblanc con su cuñado, el rey de Navarra, «porque la reina se pudiese hallar en ella que estaba preñada y había de ir en andas».

Veintiséis años, en los que pasaron muchas cosas y muy graves, vivió la reina Leonor en tierras aragonesas. Dicen que mandaba mucho. Se le achaca la caída en desgracia y posterior ejecución de don Bernardo de Cabrera, noble tan de la confianza de su marido que había sido nombrado ayo de su hijo Juan y almirante de la flota real. La verdad es que en la obra de Zurita y en la correspondencia del rey acerca de los asuntos que atañen a Cerdeña, hay datos que demuestran que Bernardo de Cabrera, tal vez por exceso de celo, hizo algunos méritos para perder la confianza de los reyes. Fue decapitado ante la puerta de Toledo de Zaragoza.

También se conservan noticias de las actividades de Leonor como casamentera. No en todas tuvo éxito, y habría que separar las que a ella personalmente interesaban —como es el colocar ventajosamente a sus hermanas— de las que el rey su esposo, en interés de la Corona, intentó realizar y que, a veces, llevó a buen puerto. Entre las primeras figura, por ejemplo, el primer matrimonio de Juan, con-

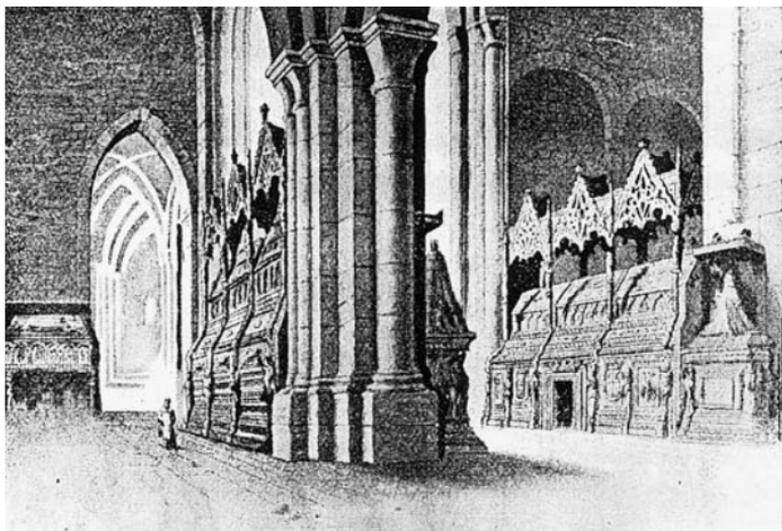
de de Ampurias, con su hermana Blanca de Sicilia. En cuanto a sus propios hijos, era el rey quien decidía cuál podía ser el enlace más ventajoso para sus intereses. Más tarde se verá qué ocurrió con los infantes Juan y Martín. Acerca de su hija Leonor y de lo mucho que tardó en celebrarse su matrimonio con Juan I de Castilla, a quien había sido prometida desde niña, dicen que fue la reina quien intentó evitar la boda, pues no veía con buenos ojos que su pequeña se casara con el hijo del conde de Trastámara, aquel Enrique que usurpó el trono de su hermanastro Pedro *el Cruel*.

Aquellos años medios del siglo XIV fueron tan pródigos en acontecimientos que resulta casi imposible resumirlos. Leonor tomó parte activa en ellos. Al poco tiempo de haber alumbrado a su primogénito Juan, acompañó a su marido a Cerdeña cuando éste se puso al frente de una numerosa flota y navegó allí para poner paz en la isla entre la nobleza sarda y los señores catalanes y aragoneses. Es verdad que cuando se hicieron a la mar los reyes, estaba el Mediterráneo como una piscina, porque la marinería catalana se lo había limpiado a conciencia de genoveses, y más pareció aquello un crucero con actividades de riesgo que otra cosa.

Mucho peor fue la guerra con Castilla, que duró nueve años y medio. Y de no ser porque las fuerzas que se coaligaron contra Pedro *el Cruel* eran considerablemente superiores, tal vez Aragón, que sufrió muchísimo en esta

contienda, hubiera pasado a llamarse Castilla la Nueva. Durante aquellos años, el conde de Trastámara y su familia estuvieron exilados en Aragón, y por esta circunstancia la reina conoció y trató al que sería su yerno, en una edad en la que los futuros reyes de Castilla todavía humedecían su ropa interior.

No se sabe cuándo habilitó Leonor de Sicilia para vivienda propia el Palacio Menor de Barcelona ni cómo fueron los últimos años de su vida, cuando, ya mayor y con muchos kilos de más, cuentan que su marido empezó



Monasterio de Poblet. Los panteones reales antes de su destrucción

a volverse loco por Sibila de Forciá. Sus súbditos la llamaban por aquel entonces “la reina grossa”. Murió en 1375, el mismo año en que su hija Leonor contrajo matrimonio con el infante Juan de Castilla. Fue enterrada en el monasterio de Poblet.

Sibila de Forciá

Cuando murió la reina Leonor, tenía el rey Pedro 54 años y una vida muy ajetreada a sus espaldas. Edad, hoy como ayer, adecuada para que un hombre se diga: me compro un Ferrari o un megabombón sin silicona. El Ferrari era una ampurdanesa, viuda de don Artal de Foces, que volvió loco, desde los coturnos al dragón alado de su casco, al *Ceremonioso*. De haber seguido no lo que le pedía su corazón sino la razón de Estado, hubiera contraído matrimonio con la reina Juana de Nápoles. Pero Sibila era ya, antes de morir la reina Leonor, su amante y con ella, a los dos años de quedarse viudo y en privado, se casó. Tuvieron tres hijos. Cuentan las crónicas que hasta que murió el rey, no se hacía nada o se obtenía su favor si antes no lo concedía doña Sibila. Sus hijastros le hicieron el vacío: Juan y Martín, con sus respectivas esposas, la consideraron una advenediza, y también un peligro porque había tenido un hijo varón, Alfonso, a quien su padre hizo conde de Morella. De sus hijos sólo la sobrevivió Isabel, que se casó con un nieto del infante Jaime de Urgel, llamado Jaime *el Desdichado*.

Al morir el rey, en 1387, Sibila fue acusada de haber abandonado a su esposo *in articulo mortis* y de haber huido llevándose las joyas de la familia real, por lo que fue perseguida por orden de sus hijastros. La reina se encerró en una fortaleza de Vilafranca del Penedés, pero el infante Martín tomó la fortaleza, prendió a la reina viuda y a sus servidores y se la entregó a su hermano Juan. Le hicieron sufrir bárbaros tormentos, con el fin de que confesara haber hechizado a su hijastro Juan, porque antes de ser jurado como rey había estado muy enfermo.

¡Qué familia! Hay una novela, con la tinta aún caliente, que lleva por acertado título *El invierno de la Corona* y está escrita por un profesor darocense, José Luis Corral. En ella se narran los años finales del *Ceremonioso*, precisamente los de la desgraciada Sibila, que seguramente no sería tan bruja ni tan mala como dijeron sus detractores. Murió en 1407.

JUAN I

Las familias, como las flores, también se marchitan. Los respectivos epítetos de sus dos hijos: *el Cazador y el Amador de toda Gentileza* para Juan, *el Humano* para su hermano Martín, les venían como anillo al dedo porque retratan a un cantamañanas y a un pusilánime. A su padre, ninguno de ellos le hubiera cumplido. Atrás quedaban *el Grande, el Conquistador, el Batallador*. Representan, sí,

el invierno de la Corona, los estertores de una dinastía antaño llena de vigor.

El hijo mayor del *Ceremonioso*, Juan I, nació en Perpignan en 1350, y fue el primero de los que tuvo Leonor de Sicilia. Su nacimiento debió de ser una de las grandes alegrías del atrabiliario padre; cuando el pequeño cumplió un año, creó para él el título de duque de Gerona, y antes de los catorce había sido ya colmado de honores: conde de Cervera, lugarteniente, gobernador y procurador real. Tenía todavía meses de edad cuando su padre lo prometió en matrimonio a Catalina de Nápoles, hija de los reyes Juana y Luis. Pero Catalina murió muy niña, así que a Juan le siguieron buscando novias.

Tampoco hubo suerte con la siguiente, la princesa Juana de Valois, hija de Felipe VI de Francia. El matrimonio, pactado por sus padres respectivos, no se pudo llevar a cabo porque Juana murió, precisamente, cuando venía en viaje hacia Cataluña para encontrarse con su futuro esposo.

Matea de Armañac

Matea de Armañac significa otro intento del *Ceremonioso* para procurarse alianzas que le asegurasen las espaldas en el Pirineo. La casa de Armañac era enemiga de la de Foix, ya que las dos luchaban por la hegemonía en el Sur de Francia. La de Foix soñaba con poner un trono en las

Tres Sorores y reinar sobre un Estado pirenaico que englobara ambas vertientes de la gran cordillera. Con el fin de impedir tales aspiraciones, se pusieron de acuerdo el de Armañac y el de Aragón y, para sellar su alianza, casaron a sus hijos en 1372.

En seis años de matrimonio, tuvo Matea cinco embarazos: el nacimiento en Valencia del primogénito, Jaime, fue, como es natural, saludado con grandes muestras de alegría por toda la familia. Pero en agosto del año 74, con dos meses, murió el infantito. De la pena de Matea dan fe las cartas que de ella se conservan. Poco después estaba de nuevo esperando un hijo: en octubre del año siguiente nacía en Daroca una niña, Juana, la única que le sobrevivió y que fue casada con Mateo, conde de Foix, en 1392. A los diez meses de haber nacido Juana, viene al mundo en Gerona otra esperanza malograda: Juan. Y aún habría dos hijos más, Alfonso y Leonor. Dos meses después del último parto, en 1378 y en Zaragoza, murió la infeliz Matea de Armañac. No llegó a ser reina; por eso, una humilde corona de flores ceñía la cabeza de su estatua de mármol en el panteón real de Poblet.

Violante de Bar

Dos años después de la muerte de Matea, el infante Juan estaba pidiendo por escrito a su madrastra Sibila que influjera en su padre para que cambiara de parecer y no se

empeñara en casarlo con su prima María de Sicilia, hija de Constanza, porque a él le gustaba otra. Era ésta Yolanda o Violante, la hija del duque de Bar. El rey padre hizo todo lo que pudo para disuadir a su hijo de tal casamiento, pues lo conveniente para la Corona era, se pusiera la Santa Sede como se pusiera por aquello de las consanguinidades, y aunque fueran primos hermanos, que lo hiciera con la siciliana. Por este medio pretendía *el Ceremonioso* recuperar Sicilia, que, como se recordará, se había independizado y había proclamado rey a un tío abuelo suyo.

Pero, pese a todos los impedimentos, el 30 de abril de 1380 se casaron Violante y Juan. Los reyes, Pedro y Sibila, no asistieron a la boda, pero sí su hermano Martín y, entre otros muchos ricoshombres de la Corona, los condes de Ampurias, Prades, Cardona y Pallars. El rey Pedro recibió a su nuera con toda la frialdad de que fue capaz, pero Barcelona se volcó en las fiestas con las que se celebraron las nupcias aquel verano.

La nueva duquesa de Gerona, joven, bella y ricamente ataviada, entró en la ciudad montada en un soberbio caballo. Lo que no habían hecho con Sibila los ciudadanos lo hicieron con Violante: la festejaron como a una reina. El rey Pedro debió de decirse: ¿sí?, pues os vais a enterar. Y en enero del año siguiente le montó a Sibila unas fiestas en Zaragoza, las de su coronación, de lo más fastuoso. Pero allí no acudieron ni sus dos hijos ni sus esposas.

Padre e hijo dejaron que sus rivalidades cristalizaran en el enfrentamiento de sus esposas. Violante reinó en lugar de Sibila a partir de 1387, y su Corte fue el asombro de su tiempo por lo fastuosa, alegre y culta. La gente farandulera lo pasó en grande: músicos y poetas, nigromantes y astrólogos, sastres y modistas, orfebres y cocineros; todos ganaron su pan junto a Juan y Violante. En 1390, a la manera de los de Tolosa, establecieron los Juegos Florales en Barcelona. Entretanto, el bueno del infante Martín, a quien su hermano concedió el título de duque de Montblanc, le sacaba al rey las castañas del fuego.

De los siete hijos que tuvo, más algún aborto, padeció Violante la desgracia de sobrevivir a todos. Sólo logró ver crecer a una niña, también llamada Violante y que, en 1400, casó con Luis II de Anjou, conde de Provenza y rey de Nápoles, Jerusalén y Sicilia.

La posteridad ha tratado mal la memoria de esta reina, a quien la historia carga en cuenta muchos de los fallos de su marido. Bernat Metge, escritor y hombre de confianza del rey Juan, le dedica en su obra *Lo Somni* cálidos elogios.

Sobrevivió a su esposo, que murió en 1396, a su cuñada María de Luna, a la odiada Sibila, a su cuñado Martín y al primer rey de la dinastía de los Trastámara, pues murió longeva, en 1431, cuando ya era rey en Aragón Alfonso V *el Magnánimo*.

MARTÍN I

Era aproximadamente seis años más joven que el rey Juan I, de salud precaria, propicio a los desánimos, gordito y bonachón; físicamente se parecía más a su madre, Leonor de Sicilia, que a su padre. Apenas tomó posesión de sus reinos su hermano Juan, Martín fue nombrado duque de Montblanc y se le encomendó la jefatura de las tropas que se enfrentaron con el conde de Armañac, que había invadido Cataluña. La noticia de que, muerto su hermano, era el nuevo rey de la Corona de Aragón, le llegó en Sicilia; se había trasladado allí en 1392 para ayudar a su hijo, Martín *el Joven*, quien, habiéndose casado con su prima María de Sicilia, tenía problemas con la nobleza de la isla para mantenerse en el trono. Un año tardó en volver Martín. Su mujer, María de Luna, gobernó Aragón en su lugar.

Como dos ramas de hiedra se enlazan las vidas de Martín y su mujer, la gran María de Luna. Tenían la misma edad y crecieron juntos, a la vera de Leonor de Sicilia, porque María, desde muy niña, fue llevada a palacio. Era hija de don Lope de Luna, señor de Segorbe, a quien, por su lealtad y buenos servicios, había otorgado Pedro IV el título de conde. Los padres del infante Martín debieron ver en ella, además de las ricas posesiones de don Lope, de las cuales era única heredera, otras cualidades: salud, fortaleza de ánimo y discreción. Los casaron en el año 1372, el mismo en que se celebró el enlace de Juan y Matea de Arma-

ñac. Tenía entonces María 14 años, más o menos los mismos que don Martín, que era ya conde de Jérica. No es difícil imaginar —sus hechos posteriores lo avalan— que al *Ceremonioso* le debía de gustar esta nuera, suma y compendio de todas las cualidades que no tenían sus hijos; y que el nacimiento de su nieto Martín, en torno a 1376, aliviaría la pena que supuso la muerte de aquel niño Jaime, el hijo de Matea de Armañac. Después de Martín vinieron tres hijos más: Jaime, Juan y Margarita, que murieron todos siendo niños.

No se sabe apenas nada del infante Martín *el Joven*, de su madre y de sus hermanos durante los primeros años de su vida. La primera noticia que de él se tiene después de su nacimiento se refiere ya a las gestiones diplomáticas para casarlo, en vida de su abuelo, con María de Sicilia, que era mayor que él. Pero María, hija de Federico III *el Simple*, se convirtió, a la muerte de éste en 1377, en reina de Sicilia y duquesa de Atenas y Neopatria. Con esta dote, María, por cuyas venas corría sangre de Margarita de Carintia y Tirol, a quien sus contemporáneos llamaron “Bocagrande” y la posteridad “la mujer más fea de la historia”, pasó a ser un apetitoso bocado. Pedro IV no había podido casarla con su hijo Juan, viudo de Matea, y a Martín lo tenía casado con María de Luna. Revolviendo en la mente cómo podría anexionarse todas aquellas tierras que, bajo las banderas del rey de Sicilia, habían conquistado las compañías de almogávares, se le encendió la bom-

billa: la casaremos con mi nieto Martín, se dijo *el Ceremonioso*. Las negociaciones para este matrimonio empezaron en vida del abuelo, que murió antes de que se celebrara la boda, cosa que ocurrió en 1390.

La empresa de Sicilia, en lo que atañe a María de Luna, significó para ella separarse de su único hijo, al que tardaría varios años en volver a ver, y luego de su marido, que tuvo que marchar para ayudarle, en 1392, a defenderse de la nobleza levantisca.

En 1397 muere Juan I. Con su hijo y su marido en Sicilia, es el momento estelar de María de Luna. Del discreto plano al que estaba obligada por ser la esposa de un segundón, salta al de protagonista. María aprovecha la ocasión y demuestra lo que vale. Primero resolvió el asunto de la reina viuda que decía estar embarazada: para vigilar si era cierto el estado de buena esperanza, le puso dueñas expertas en el negocio de tener niños. Pero Violante de Bar no esperaba ningún hijo, así que María dejó de preocuparse por ella. Era mucho más peliagudo frenar las aspiraciones a la Corona que manifestaba el conde de Foix: éste, apoyado en tan poderosas razones como son un nutrido ejército, reivindicaba sus derechos al trono por ser el marido de Juana, la hija de Juan I y de Matea de Armañac. Pero María de Luna truncó sus pretensiones: sus tropas le dieron una buena zurra al conde de Foix, que perdió, entre otras posesiones que tenía a este lado del Pirineo, su condado

de Castellbó. Así, cuando en mayo de 1397 llegó su marido, el trono estaba asegurado.

Durante los años de su reinado, María de Luna no dejó de tomar parte activa en los asuntos de gobierno. Intentó poner remedio a la secular e injusta situación en que se encontraban los campesinos catalanes, y procuró mediar en las luchas intestinas de los bandos nobiliarios, Centelles y Vilaraguts, que ensangrentaban Valencia. Continuamente insistía a su marido para que pusiera remedio a aquel problema, yendo personalmente a pacificar Valencia. Pero no gozaba de buena salud. El reuma y los dolores de cabeza amargaron muchos de sus días. Una pleuresía se la llevó a la tumba en 1406.

Margarita de Prades

Dicen que era muy hermosa y muy joven para un señor de cincuenta como el rey Martín. Hija de Pedro de Prades y de María de Cabrera, se educó en la Corte real aragonesa como dama de honor de María de Luna. En las fiestas de la coronación formaba parte del cortejo de doncellas y damas principales que seguían a la reina. Viudo desde hacía tres años, tal vez no se hubiera casado el rey. Pero, al morir su único heredero, no dejaba tras de sí sino un pequeño bastardo, Fadrique, a quien Martín legó en su testamento el título conde de Luna. El rey, en busca de un heredero legítimo, tomó una segunda esposa. El 17 de septiembre

del año 1409 se celebró la boda en Bellesguard, aquel palacio de Sant Gervasi de Cassoles que conservaba en sus muros el recuerdo de la alegre y alocada Violante de Bar. Un año estuvo casada Margarita y, si lo que cuenta Zurita es cierto, no debió de ser una esposa muy feliz:

«[...] el rey estaba tan lastimado de la muerte de su hijo que ninguna cosa parecía que quedaba a qué temer; y cada día iba creciendo aquel sentimiento con la desconfianza de poder tener hijos, porque estaba doliente de quartanas y el impedimento de su persona era tan grande y estaba tan lisiado de gordo y tan entorpecido que no bastaba ningún artificio ni remedio —aunque se usó de muchos muy contrarios a su salud— para que pudiese tener acceso con la reina: y cuanto más se procuró con remedios muy deshonestos y extraños, fue para más acelerar su muerte, quedando la reina doncella como antes».

Así pasaron ocho meses, durante los cuales, viendo que la reina no se quedaba embarazada, empezaron a revolotear en torno al rey quienes pretendían sucederlo en el trono. En mayo de 1410, en el monasterio de Valdoncellas, un ataque de corazón le procuró al rey Martín una muerte piadosa, pues falleció a los dos días.

La reina Margarita murió en 1422. Con ella se acaban las reinas de la dinastía de Barcelona.



LA DINASTÍA DE LOS TRASTÁMARA



FERNANDO I Y LEONOR URRACA DE ALBURQUERQUE

Dos años tardaron en ponerse de acuerdo los súbditos de la Corona de Aragón para elegir nuevo rey. Lo hicieron tras sangrientos enfrentamientos entre los señores de la guerra y laboriosas conversaciones entre los hombres de leyes, que cuajaron en el Compromiso de Caspe. Se decidieron finalmente por un gran señor de la casa de Trastámara, el infante don Fernando, nieto del fundador de la dinastía, Enrique II de Castilla, y de Pedro IV de Aragón.

Treinta y tres años tenía Fernando de Trastámara cuando fue elegido rey de Aragón. Había nacido en Medina del Campo en 1380. Era el segundo hijo varón de Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón. Cuando llegó a su nuevo reino, venía avalado por la fama de su buen hacer como tutor de su sobrino Juan II, el pequeño rey castellano, y por sus éxitos guerreros. El apodo de “el de Antequera” se lo ganó en la toma de la rica fortaleza malagueña.

Leonor Urraca de Alburquerque fue su única esposa. Se habían casado en Madrid en 1393, reinando en Castilla su hermano mayor, Enrique III *el Doliente*, cuando el infante

tenía trece años. Leonor era hija de Sancho de Trastámara, hermano del rey Enrique II, y de Beatriz, hija del rey Pedro de Portugal y de Inés de Castro. Para este hermano suyo creó Enrique II, en tierras extremeñas lindantes con Portugal, el condado de Alburquerque. Y aún debió de concederle más mercedes, porque a Leonor, que fue su única heredera, la llamaban en Castilla “la Rica Hembra”.

Leonor tenía 19 años cuando se casó, seis más que su tierno esposo, y enseguida tuvo hijos: en 1394 nació el primogénito, el futuro Alfonso V de Aragón, y cuatro años después Juan, que sucedió a su hermano Alfonso en el trono. Luego vinieron otros tres varones: Enrique, que fue maestre de Santiago, conde de Alburquerque y señor de Ledesma, y que murió en Calatayud en 1445 a consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Olmedo; Pedro, nacido en 1400, duque de Notho, que falleció ayudando a su hermano Alfonso en el asedio de Nápoles; y Sancho, maestre de Calatrava y de Alcántara. También tuvo dos hijas: María, que se casó con Juan II de Castilla, y Leonor, que en 1418 contrajo matrimonio con el rey de Portugal don Duarte. Dos reyes y dos reinas tuvo, pues, Leonor de Alburquerque. Los varones, aquellos infantes de Aragón que el poeta Jorge Manrique menciona en sus *Coplas*, dieron muchos problemas a su cuñado Juan II de Castilla.

Cuando los compromisarios de Caspe decidieron la sucesión del rey Martín en la persona de su marido, esta-

ban los esposos en Cuenca, desde donde seguían la marcha de las negociaciones. Desde Castilla fueron a Calatayud y de allí Zaragoza, donde entraron con sus hijos a finales de agosto de 1412. En las Cortes que se celebraron por aquellas fechas juraron fidelidad los aragoneses a su nuevo rey y su hijo Alfonso fue nombrado sucesor. Desde Zaragoza, Fernando de Antequera puso en marcha las acciones diplomáticas pertinentes para pacificar Sicilia y Cerdeña, que, con el vacío de poder que se produjo a la muerte del rey Martín, estaban en la anarquía, desgarradas por las luchas entre los nobles.

El año siguiente vio la guerra que promovieron Jaime de Urgel y Antón de Luna con la ayuda de mercenarios ingleses y gascones. Los reyes, que estaban en Barcelona, donde habían celebrado Cortes a los catalanes, fueron a Lérida. Se quedó la reina Leonor en la ciudad mientras el rey se incorporaba a las tropas que sitiaban Balaguer, donde se había refugiado Jaime de Urgel con su esposa Isabel (la hija de Pedro IV y Sibila de Forciá) y sus cuatro hijas.

Fueron vencidos el de Urgel y Antón de Luna, que desde Loarre había causado muchos males en el Alto Aragón. Pacificado el reino, las fiestas con las que en febrero de 1414 se celebró en Zaragoza la coronación de los reyes, la última ceremonia de coronación que vio la ciudad, fueron espléndidas. Desde Castilla mandó Catalina de Lancaster la costosa corona de oro con que Juan I, padre del nuevo rey de Aragón, había sido a su vez coronado.

Hasta junio permanecieron los reyes en Zaragoza. Después celebraron Cortes en Montblanc con sus súbditos catalanes, y en los primeros días del verano se trasladaron a Alcañiz: fueron a encontrarse con don Pedro de Luna, el papa Benedicto XIII, a quien Fernando debía estar agradecido, pues fue su gran valedor en el Compromiso de Caspe. Desde que fueron coronados en Zaragoza hasta la prematura muerte de su esposo, pasaron dos años que vieron el fin del Cisma de Occidente, a consecuencia de lo cual Benedicto XIII, a quien tanto adeudaba el rey Fernando, se retiró a Peñíscola, no sin antes decir por escrito al de Antequera: «Ex nihilo fecite, et pro mutua mercede solum me dereliquisti in deserto» (Te saqué de la nada, y me lo agradeces abandonándome solo en el desierto).

El 10 de junio del año 15 fue de fiesta mayor en Valencia: se casaba el infante Alfonso con María de Castilla. Su madre y su hermano no asistieron, pero enviaron a la novia, ya que no con el marquesado de Villena, codiciado por el rey Fernando, con la promesa de 200.000 doblas castellanas como dote y, en prenda de ellas, las villas de Roa, Madrigal y Aranda. El resto de ese año lo pasaron los reyes en Francia.

El año siguiente fue muy doloroso para Leonor de Alburquerque: en marzo moría, a los 16 años, su hijo Sancho, y en abril, en Igualada, cuando viajaban hacia Castilla, el rey su marido, cuando contaba sólo treinta y seis de

edad. Dicen que murió a causa de los disgustos que le produjeron los catalanes. La verdad es que tenía, como su hermano, Enrique III de Castilla, llamado *el Doliente*, una malísima salud. Los historiadores castellanos citan, en los años 1407 y 1411, estancias de dos meses durante los cuales Fernando estuvo en cama por enfermedad.

Su hijo Alfonso fue proclamado rey sin problemas. Aún residió durante un tiempo Leonor de Alburquerque en Aragón. Pero en 1418, a los 50 años, muere Catalina de Lancaster. Su hijo Juan, aún menor de edad, sube al trono y con él (y con la ayuda de sus primos, los infantes de Aragón) se instaura en Castilla uno de los periodos más turbulentos de su historia. En octubre del mismo año se celebran los esponsales de su hija María de Aragón con Juan II de Castilla. De la edad de María no se sabe sino que cuatro años antes era lo suficientemente robusta como para llevar la corona de su madre en las fiestas de la coronación. Las bodas no se celebraron hasta 1420. Tan jovencitos como eran, no es difícil imaginar que Leonor de Alburquerque se dijera: aquí hace falta una madre. Y se quedó en Castilla. Con ella, además de la novia fueron sus hijos, los infantes de Aragón: Juan, Enrique y Pedro. María y Juan tuvieron su primer hijo en 1422: era una niña y le pusieron Catalina. Tres años después nació el heredero, Enrique.

Al año siguiente vuelve la reina a Aragón. El motivo del viaje era discutir con su hijo Alfonso qué marido era mejor

para la infanta Leonor. El elegido fue don Duarte, heredero del trono de Portugal, y la boda se celebró en Teruel. Leonor, ya reina de Portugal, y su hermana María, la reina de Castilla, murieron en 1445, antes de la batalla de Olmedo. Malas lenguas dijeron que habían sido envenenadas por orden del valido del rey Juan II de Castilla, el famoso don Álvaro de Luna. A saber. La verdad es que los Trastámara de Aragón le dieron a Juan II de Castilla y a su valido



*Nápoles y el Castel Nuovo, con naves y galeras aragonesas fondeadas en el puerto
(detalle de la Tavola Strozzi del Museo de Nápoles)*

muchos quebraderos de cabeza, y su madre sufrió las consecuencias de estas luchas más de una vez. En 1430, acusada de complicidad en las revueltas provocadas por sus hijos, su yerno la invitó a recogerse en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas. Cuentan que doña Leonor se resistió a la reclusión, y que sus dueñas y doncellas armaron tal escándalo que «no ovo ombre en el mundo que no obiese lástima».

En agosto del año 35 llegan a Castilla las noticias sobre el desastre de Ponza, donde tres de sus hijos fueron hechos prisioneros y otro, el infante Pedro, murió. La preocupación por la suerte de sus hijos le hizo pedir una entrevista a su yerno Juan. Se encontraron en Soria en octubre. Dicen que la reina fue allí festejada durante nueve días y que consiguió prolongar durante cinco meses la tregua entre Castilla, Aragón y Navarra. En Medina del Campo, el 16 de diciembre de 1435, murió la reina Leonor.

ALFONSO V Y MARÍA DE CASTILLA

Cuando muere su padre y es proclamado rey, tiene 22 años. Se había casado con María de Castilla un año antes. El caso de Alfonso V *el Magnánimo* es, en cuanto a sus reinos peninsulares concierne, semejante al de la reina Petronila: reinó pero no gobernó. Italia, la hermosa, rica y culta Italia del Sur, lo arrastró consigo. Alfonso era un mesetario

que se enamoró del mar. Y de las mujeres que crecen a su vera, todo hay que decirlo.

María de Castilla, su mujer legítima, fue quien le guardó la casa. La llamaban “la Buena”, no “la Bella”. Tenía quince años cuando empezó a reinar. Como ya se dijo, era la hermana de Juan II de Castilla, primogénita de Enrique III y Catalina de Lancaster. En 1415 se celebró el



Reina Doña María, esposa de Alfonso V, en miniatura del siglo XV

matrimonio, concertado en 1406, con el infante de Aragón Alfonso, hijo y heredero de Fernando I de Antequera. Dicen que desde el principio hubo desavenencias entre los esposos. María tenía tan mala salud como su padre y, además, era estéril. No se sabe qué pudo pasar entre ellos. En lo personal, Alfonso confiaba en ella y cuando, en 1420, embarca rumbo a Cerdeña, la responsabiliza de velar por su hacienda como lugarteniente general del reino, cargo que ejerció durante las largas estancias de su esposo en Italia y que terminó compartiendo con su cuñado Juan.

Al frente del gobierno, María ayudó frecuentemente a su marido con la petición de subsidios en Cortes, envíos de tropas y el pago del rescate de su prisión en Ponza (1435); también tuvo que solucionar graves problemas, como los enfrentamientos de los bandos nobiliarios, de los partidos

de la Busca y de la Biga en Barcelona y de *forans y ciutadans* en Mallorca, así como las reivindicaciones de los remensas. Hizo más de una vez de mediadora entre sus cuñados Juan y Enrique y su hermano Juan, evitando, en ocasiones, la guerra entre ellos. También procuró que hubiera paz entre su cuñado Juan II de Navarra y su hijo Carlos, príncipe de Viana (1453). No tuvo hijos. Falleció en Valencia en 1458.

JUAN II

Hijo de Fernando de Antequera y de Leonor de Alburquerque, fue señor de Lara, duque de Peñafiel, duque de Montblanc y rey de Navarra y de Aragón. Títulos, a lo largo de su dilatada vida, los tuvo todos. Y dinero y poder, sin cuento. Y peripecias que contar, innumerables. Valiente, fuerte, muy ambicioso, sin escrúpulos, era, fundamentalmente, un señor de la guerra dispuesto a todo para conseguir un sueño: que la rama menor de los Trastámara reinara en Castilla. Navarra y Aragón no eran sino pivotes en los que apoyarse para alcanzar su objetivo. Él no llegó a verlo pero, con su nieto Carlos de Gante, aquella pretensión acabó siendo una realidad.

Blanca de Navarra

Era hija de Carlos III *el Noble* y de Leonor de Trastámara, reyes de Navarra. En 1402 se había casado con Martín *el*

Joven, el heredero de la Corona de Aragón y rey de Sicilia. Cuando en 1409 murió éste, y pese a que en su testamento la había nombrado vicario general del reino de la isla, Blanca optó por volver con los suyos y regresó a Navarra.

Diez años después, en 1420, Juan II de Castilla le dio a su primo Juan un permiso de cuarenta días para que fuera a tierras navarras a casarse con la que era su prometida, Blanca. Tenía la novia 36 años y el novio 22. Antes del año 15 ya habían celebrado esponsales, pero por los requerimientos de la reina Juana de Nápoles, que pretendía como marido a Juan, estuvieron a punto de no casarse. Si la boda se celebraba el 18 de junio, para el día 22 del mismo mes el flamante desposado, que no se fiaba nada de su hermano Enrique —con razón—, volvía a Castilla. Andaba Enrique empeñado en adueñarse de la voluntad del joven rey y de la mano de Catalina, su hermana. Durante la ausencia de Juan, consiguió las dos cosas: hacer del tierno rey de Castilla y de su valido Álvaro de Luna prácticamente sus prisioneros y casarse con la infanta Catalina. De paso, como dote de la infanta, se hizo con el marquesado de Villena, esta vez con título ducal; marquesado que, como ya se dijo, se le había negado a su hermana María, la reina de Aragón.

Volvamos a la reina Blanca. En Peñafiel había dejado Juan a su esposa, y allí, el 29 de mayo de 1421, nació su primogénito, Carlos, el futuro príncipe de Viana.

Blanca y su marido fueron reyes de Navarra en 1425. Al morir en Olite su padre, Blanca fue proclamada reina y se apresuró a mandar el pendón real a su marido, que estaba a unas leguas de allí con su hermano Alfonso, preparados ambos para entrar en Castilla y hacerle la guerra a su cuñado, que tenía prisionero a su hermano Enrique. En aquel mismo año, alumbró la reina a su hija Blanca. Y al año siguiente nació su hija pequeña, Leonor, que en 1434 fue prometida al hijo del conde de Foix, Gastón, que contaba sólo once años.

Los años 1436 y 1437 fueron gozosos para la reina. Su marido, que había sido hecho prisionero en la batalla naval de Ponza, vuelve a sus tierras. Debió de venir cansado, porque la Corte del rey castellano estuvo, de mayo a agosto del 36, de fiesta en fiesta. En septiembre, los embajadores del rey navarro llegaron a Toledo para solicitar la paz entre Castilla, Aragón y Navarra; y, efectivamente, la paz se selló con la promesa de casar a la infanta Blanca de Navarra con el heredero del reino de Castilla, Enrique. Las arras eran Medina del Campo, Olmedo, Roa y Aranda. Al rey Juan se le concedió una cantidad anual de 10.000 florines, la misma que le fue prometida a la reina Blanca y al príncipe de Viana. Al infante Enrique y a su esposa Catalina les fueron asignadas rentas de cinco y tres mil florines. Casi todos los caballeros castellanos que habían marchado con Juan de Navarra fueron perdonados. A cambio de todo esto, el rey de Castilla pidió una sola cosa: que sin su per-

miso no volvieran a pisar sus tierras ninguno de los infantes de Aragón.

El invierno del año siguiente fue tan frío que a causa de su rigor murieron en Castilla muchas gentes y animales. Con los deshielos de marzo, se reunieron en Alfaró las comitivas del rey de Castilla y de la reina Navarra. El obispo de Osma, después de cuatro días de festejos, ofició los esponsales de Blanca y Enrique. Doce años tenían ambos. Acto seguido, la reina Blanca y sus hijos volvieron a Navarra. El rey Juan no asistió a los esponsales.



Escena cortesana según el tapiz de La Seo de Zaragoza Los vicios y las virtudes, tejido en Bruselas hacia 1520 (Foto: Luis Mínguez)

En 1438 el monarca aragonés ya estaba preparado para regresar a Castilla. Encargó a Blanca que gobernara en su ausencia y puso a sus hombres otra vez en pie de guerra. Su hermano Enrique hizo lo mismo, y en 1439 regresaban para recuperar sus tierras. En ese mismo año la reina Blanca, que había gestionado personalmente el matrimonio, asiste a la boda de su hijo Carlos con Ana de Cleves.

El verano del año 40 se celebra la bendición del matrimonio de la infanta Blanca con Enrique, el heredero del trono de Castilla. Los sponsales ya se habían concertado, como se ha visto, tres años antes. En el camino a Valladolid, donde tuvo lugar la boda, Blanca y su madre fueron obsequiadas con grandes recepciones en las ciudades que atravesaron. El infante Enrique las esperaba en Dueñas y con ellas viajó hasta Valladolid. Se casaron el 15 de septiembre. Pronto circularon rumores de que la infanta había salido del tálamo nupcial tan virgen como había entrado. ¡Qué mala lengua tiene la gente! La verdad es que, entre todos los reyes peninsulares, ninguno fue tan vilipendiado como este Enrique, ni siquiera Pedro *el Cruel*.

Poco tiempo de vida le quedaba ya a la reina Blanca. Murió en 1441, el mismo año en que se celebra la boda de su hija Leonor con Gastón de Foix, a los 55 de edad. En su testamento nombró sucesor a su hijo Carlos, pero con la restricción de no hacerse proclamar rey mientras viviera su padre. Este testamento no produjo, en principio, proble-

mas; estaba Juan de Navarra demasiado ocupado en sus asuntos castellanos.

Hasta 1445 anduvieron mezclados de manera muy activa Juan y Enrique en las luchas nobiliarias que ensangrentaron Castilla. En ese año, en Olmedo, fueron derrotados los infantes de Aragón. Después de aquel desastre, en el que murió Enrique, Juan, sin dejar de intervenir en Castilla, volvió sus intereses hacia Navarra.

Juana Enríquez

Seis años pasaron hasta que el rey de Navarra pensó en casarse de nuevo. Como lugarteniente de su hermano Alfonso había gobernado en Aragón y Valencia. Durante ese tiempo no dejó de tener sus pies más en Castilla que en Aragón o Navarra. Allí estaban sus principales intereses y los de su hermano el infante Enrique.

En 1441, nada más morir a reina Blanca, aquel irresoluto y voluble rey que era Juan II de Castilla empezó a distinguir con su confianza al almirante Fadrique Enríquez. Se dice que Juan de Navarra, aconsejado por el conde de Castro, pidió entonces que se iniciaran las negociaciones para casarse con Juana Enríquez, quien, por edad, hubiera sido una esposa más apropiada para su hijo Carlos de Viana.

Juana, la madre de Fernando *el Católico*, nació en Torrelobatón en 1425. Su madre era Marina de Ayala. Tenía 22



Damas en el banquete, detalle del Retablo de San Salvador, de Ejea de los Caballeros, datado en 1454

años cuando se casó con Juan de Navarra. Los hechos demostraron cuán fuerte y atrevida era. En el mismo año en que se celebró esta boda, otra, y sonada, tuvo lugar en Castilla: también bastante mayor, se casó Juan de Castilla con Isabel de Portugal, una jovencita que, en los albores del Renacimiento, no sólo se dedicaba a bordar. Juana e Isabel tenían en común belleza y juventud; maridos, aunque viejos, aún capaces de procrear; y un hijastro a quien malquerer en bien de su progenie. Estas mujeres fueron las madres de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos.

Juana colaboró enseguida con su marido en la tarea de defender sus bienes. Cuando se casaron, Juan, que se había hecho proclamar rey de Navarra, era además lugarteniente de su hermano, Alfonso V, en sus reinos de Aragón y Valencia. Carlos de Viana y sus partidarios consideraban a Juan un usurpador. Desde Castilla se veían con gusto y aun

se atizaban estas discordias entre padre e hijo. Tenía cada uno de ellos sus partidarios en Navarra: Carlos de Beaumont y su hermano Juan defendían al príncipe y eran amigos de Álvaro de Luna; el mariscal Pedro de Agramunt y los suyos estaban al lado del rey Juan. La vieja enemistad entre los Trastámara de Aragón y los de Castilla seguía viva.

Apoyar a Carlos de Viana en contra de su padre era para Álvaro de Luna un gran placer. En agosto del año 51 los príncipes Enrique y Carlos le hicieron la guerra al rey Juan y se apoderaron de Pamplona. Juana Enríquez, que ya estaba gestando a su hijo Fernando, se refugió en Estella, que fue sitiada por los rebeldes. Desde Zaragoza acudió Juan con su ejército, y en octubre se dio la batalla en Aibar: Carlos y los beamonteses fueron derrotados. El príncipe y los hermanos Beaumont fueron llevados como prisioneros a Aragón; padre e hijo hicieron las paces, y este último fue liberado. Pero volvieron a reñir. Carlos era ya mayorcito, quería ser rey y su padre no le había hecho el favor de morirle a su debido tiempo. En 1457, junto a Estella, vuelve a ser derrotado, y esta vez huye e intenta buscar ayuda en Francia. De París fue a Nápoles; su tío Alfonso VI intentó, sin éxito, reconciliarlos.

Al año siguiente muere Alfonso V de Aragón. Carlos, que se había quedado en Nápoles, en una peripecia que no cabe aquí contar pasó a Sicilia, de allí a Cerdeña y de Cerdeña a Tarragona. Su padre lo envía a Mallorca y des-

de allí, en marzo de 1460, desembarca en Barcelona. Viene a reclamar la lugartenencia de los reinos de su padre que, como heredero suyo, le pertenece. ¿Qué más pasó? Que el padre encerró al hijo y que los catalanes, habiendo echado sus cuentas, decidieron que Carlos era una buena posibilidad para independizarse, así que la cosa merecía un esfuerzo bélico. Era la guerra.

Toda la Corona de Aragón pidió lo mismo: ¡libertad para el príncipe Carlos! Como lo hizo con las armas en la mano y la ayuda de Castilla, el rey Juan, ante tan buenas razones, liberó a Carlos, a quien tenía encerrado en Morella. El 12 de marzo de 1461, el príncipe, aclamado, entró en Barcelona y empezaron a negociarse las paces. Pero Carlos murió en septiembre de aquel mismo año.

Antes de que concluyera aquella triste historia, a principios de marzo de 1452, en la villa de Sos le vinieron a Juana Enríquez dolores de parto. Años después afirmaba su hijo haber sido engendrado en El Frasno. Si este niño nació a término, es decir, no fue un sietemesino, la fecha aproximada hay que situarla en junio del 51, cuando Juan y Juana estaban a punto de empezar las hostilidades contra Carlos de Viana. Y no sólo eso, sino que aquel embrión estaba muy bien implantado en su señora madre, porque, líneas atrás, ya se ha relatado lo que pasó en el verano de aquel año en Estella. Este hijo, que nació el 10 de marzo de 1452, fue bautizado con el nombre de Fernando y, desde el

momento de su nacimiento, hiciera lo que hiciera la reina Juana, convirtió a su madre en la bestia negra del reino para el patriciado catalán. Tuvo Juana tres hijas: Leonor, María y Juana. Las dos primeras murieron niñas; Juana nació en Barcelona en 1455 y se casó con un primo suyo, Fernando, hijo natural de Alfonso V, rey de Nápoles.

Durante los agitados años que van desde el nacimiento de su hijo Fernando hasta el fin de sus días, Juana Enríquez asumió grandes responsabilidades. En 1458, la muerte de sus cuñados Alfonso y María convirtió a Juan y a Juana en reyes de la Corona de Aragón. Al contencioso con Navarra se sumaba ahora el problema catalán: Barcelona quería parecerse a Venecia o a Génova, es decir, recobrar la hegemonía perdida con los Trastámara. La ciudad se sentía con poder suficiente para reivindicar su derecho a ser la cabecera de un reino y veía en Carlos de Viana la posibilidad de conseguirlo. Así que, si había que pelear...

Juana, lo quisiera o no, se vio envuelta en aquella larga guerra, al final de la cual quedó exhausta Cataluña, que volcó todos sus resentimientos en la reina, a la que acusaban de haber mandado envenenar al desgraciado príncipe de Viana y de otras muchas lindezas. Pero es que tenía un hijo que defender y un marido al que servir de lazarillo y que la había nombrado su lugarteniente en Cataluña.

En 1468 murió, a causa de un cáncer de pecho.

FERNANDO II E ISABEL DE CASTILLA

Qué listo era Fernando y cómo aprendió de los yerros de su padre. Tal vez se debiera a la azarosa niñez que le tocó vivir, tal vez a la herencia materna. Quién sabe. Lo cierto es que él, a fuerza de inteligencia, de modestia, de prudencia, de saber cuándo había que retirarse o volver a la carga, hizo realidad, aun a costa de sus personales ambiciones, los sueños de su padre.

Cuando muere Juana Enríquez, él tiene 16 años y un padre que ha cumplido los setenta, casi ciego pero todavía con aquel vigor desmesurado que le había acompañado durante toda su vida. Y con su sueño a cuestas: enraizar en Castilla. Había intentado el rey Juan casar a su hija Juana con Alfonso, el hijo varón del segundo matrimonio de su primo Juan II de Castilla, pero el muchachito murió. Por suerte, Alfonso tenía una hermana, Isabel. Aunque ésta casi no puso los pies en los reinos de su marido, y ni desde lejos intervino en los asuntos de estos estados, su importancia para el destino de Aragón fue tal que debemos incluirla en esta historia.

Isabel de Castilla nació en Madrigal, la villa de las Altas Torres, en 1451. Era hija de Juan II de Castilla y de su segunda esposa, Isabel de Portugal. Del matrimonio de su padre y su madre se comenta que se debió a los buenos oficios del condestable Álvaro de Luna, y que ésta le pagó —¡desagradecida!— con un pase hacia el patíbulo. Bueno,

siempre con las mismas: ¡qué cómodo resulta echar la culpa a las reinas! Cada vez que, a lo largo de la historia, hay que contar un asunto feo, son ellas o los privados del rey quienes cargan con el muerto.

Quedaron pronto los dos hermanos bajo la tutela de su hermanastro Enrique IV de Castilla. De él se dijo de todo: que era impotente, cobarde, pervertido, corruptor... hasta incluso que, por decirlo de alguna manera, en lugar de Enrique hubiera preferido se conocido como Enriqueta. En fin: la propaganda política, en forma de murmuraciones o de libelos infamantes, si nunca se había perdido, en la segunda mitad del XV, a punto de nacer la imprenta, crece de manera considerable. No todo serían patrañas, pero son tan exageradas las perversiones que se le atribuyen al pobre Enrique que más de un historiador las ha puesto en tela de juicio.

Y todo esto, ¿para qué? Los dos huerfanitos eran la esperanza de muchos nobles (y del viejo zorro que, aún con todo lo que tenía que vérselas en Aragón, no le quitaba el ojo de encima a Castilla). En 1457 ya se produjo un intento de prometer a Isabel con su primo Fernando. Pero Enrique tenía para su hermana otros planes: pensó en casar a Isabel con Carlos de Viana. Debíó de pensar: me quito de encima a la niña y le doy a mi tío Juan un disgustazo. Carlos murió y, tras siete años sin descendencia, Enrique tuvo el deseado heredero: otra niña. La bautizaron con el nombre de



Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, según una miniatura del Cancionero de Pedro Marcuello, copiado en 1488

Juana. Fue su madrina su tía Isabel, que tenía entonces once años y era, según dicen, una niña muy seria. Poco tiempo después, Isabel y su hermano Alfonso fueron reclamados por Enrique para ser educados en la Corte.

Cuando Isabel cumple los 14 años, Alfonso es proclamado rey en Valladolid. A ella intentaron casarla con Alfonso V de Portugal, pero dicen que la muchacha no accedió. En el año 68, el que había sido llamado rey de Ávila, su hermano Alfonso, cena unas inocentes truchas y se muere. Una vez más, la

nobleza partidaria de cada uno de los dos hermanos se enzarza en luchas. A comienzos del otoño, en la venta de los Toros de Guisando, Enrique de Castilla firma un

tratado por el cual, anteponiéndola a su hija Juana, reconoce a su hermana Isabel como princesa de Asturias y heredera de Castilla. En el mismo tratado, Isabel aceptaba no contraer matrimonio si no era con el permiso de Enrique.

Pero ese permiso de Enrique se lo saltó Isabel a la torera y en el otoño de 1469 se casó con Fernando, el heredero de la Corona de Aragón. Tenían casi la misma edad y unas ganas los dos de comerse el mundo dignas de admiración. Uno no sabe hasta qué punto impusieron sus reales voluntades al servicio de la unidad peninsular o fueron criaturas de un tiempo que moldeó a su gusto sus personas y dirigió sus hechos.

En el juego de poderes cambiaron las reglas: fue Fernando el rey que se movía en servicio de la reina y ella la que impuso su ley. Claro que detrás tenía Isabel toda la riqueza y el poderío de Castilla, porque en diciembre de 1474 muere su hermano y, con las todopoderosas razones que le daba la fuerza de sus partidarios, sin esperar la llegada de su marido fue proclamada reina en Segovia. Todavía el reparto de competencias entre los esposos se hace a imagen y semejanza de otras alianzas entre reinos poderosos ocurridas en el pasado. Se establece una confederación de reinos, una especie de diarquía, que, de momento, mantiene el dualismo administrativo y judicial de Castilla y Aragón. Hay una única excepción: la Inquisición, cuya jurisdicción es común a todos.

Urraca y Alfonso, varios siglos antes, no supieron hacerlo. Tal vez no era el momento y, aunque no estén de moda las historias personales, otros los protagonistas. Con sus hechos, Isabel y Fernando dieron carpetazo al medioevo y sentaron las bases políticas de un Estado moderno: primero conquistan el reino nazarí de Granada. Después pusieron patas arriba las estructuras de poder, con el fin de reforzar la autoridad real y debilitar a la todopoderosa nobleza. Incorporaron a la Corona las órdenes militares con sus todos su ricos patrimonios y, para colmo, auspiciaron la aventura ultramarina de Cristóbal Colón.

Tuvo Isabel cinco hijas y un hijo. Pero tanta endogamia terminó con la estirpe de los Trastámara. Su nieto Carlos de Austria, el hijo de su hija Juana y Felipe *el Hermoso*, fue quien recogió la antorcha e hizo realidad los sueños de sus abuelos.

Isabel no vivió para contarlo, pues murió en 1504. No supo, pues, cómo mediante el matrimonio de su marido con Germana de Foix se incorporaban las tierras del reino de Navarra a la Corona de España. Fue una gran reina. Y elegir a Fernando por esposo fue uno, el mejor, de sus grandes aciertos.

BIBLIOGRAFÍA



Fuentes

DESCLOT, Bernat: *Crònica*, Edicions 62, Barcelona, 1999.

JAIME I DE ARAGÓN: *Crònica o Llibre dels Feits*, Edicions 62, Barcelona 1994.

LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*, Editorial Planeta, Barcelona, 1991.

MUNTANER, Ramón: *Crònica*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

PEDRO IV DE ARAGÓN: *Crònica*, Edicions 62, Barcelona, 1995.

ZURITA, Jerónimo: *Anales de la Corona de Aragón*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1998 (reimpr.).

Estudios

BUESA, Domingo: *El rey Sancho Ramírez*, Ibercaja, Zaragoza, 1994.

CALVO RUATA, José Ignacio (editor): *Imagen de la Reina Santa. Santa Isabel, Infanta de Aragón y Reina de Portugal* (2 vol.), DPZ, Zaragoza, 1999.

DEL ARCO, Ricardo: *Sepulcros de la Casa Real de Aragón*, CSIC, Madrid, 1945.

JAVIERRE, Áurea L.: *María de Luna, reina de Aragón*, CSIC, Madrid, 1942.

- LACARRA, José María: *Aragón en el pasado*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972.
- MARTÍNEZ SAN PEDRO, M^a de los Desamparados: *La crónica latina de Jaime I*, Almería, 1984.
- PORRAS, Pedro A.: *Juan II*, La Olmeda, Palencia, 1995.
- RUIZ-DOMÈNEC, J. Enrique: *El despertar de las mujeres*, Ed. Península, Barcelona, 1999.
- SOLDEVILA, Ferràn: *Els primers temps de Jaume I*, Barcelona, 1968.
- UBIETO, Antonio: *Historia de Aragón. La formación territorial*, Anubar, Zaragoza, 1981.
- Los esponsales de la reina Petronila y la creación de la Corona de Aragón*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1987.
- UTRILLA, Juan F. y CLARAMUNT, Salvador: *La Corona de Aragón. La génesis*, Ed. Aragó, Barcelona-Zaragoza, 1988.



21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán
26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraquista** • M^a José Cervera
28. **Gargallo, Conday, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer
31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez

- 46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
- 47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
- 48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán



- 49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
- 50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
- 51. **La flora de Aragón** • Pedro Monserrat
- 52. **El Carnaval** • Equipo de Redacción CAI100
- 53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
- 54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño
- 55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
- 56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
- 57. **El ferrocarril en Aragón** • Santiago Parra de Mas
- 58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
- 59. **San Jorge** • Equipo de Redacción Cai100
- 60. **Los Sitios de Zaragoza** • Herminio Lafoz
- 61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
- 62. **Los primeros cristianos** • Francisco Beltrán
- 63. **El Estatuto de Autonomía** • José Bermejo Vera
- 64. **Los Reyes de Aragón** • Domingo Buesa Conde
- 65. **Las catedrales aragonesas** • Equipo de Redacción Cai100